

IMPRESO EN LOS

TALLERES GRAFICOS

"RENACIMIENTO"

Tupiza-Bolivia



RODOLFO GONZALEZ PACHECO



*MANOS
DE LUZ*

(Comedia Dramática)



Colección: *LITERARIA*



Cuadernillos
INQUIETUD

RODOLFO GONZALEZ PACHECO

C.D.H.S. - A.E.F.
Barcelona

MANOS DE LUZ

COMEDIA DRAMÁTICA

(en tres actos)

S

007370

CUADERNILLOS «INQUIETUD»

Nº 7

de Difusión Cultural

Colección: LITERARIA

Primera Edición

Proyecta Cuadernillos INQUIETUD abarcar en su Colección Literaria la prosa, la poesía y el teatro. A llenar tal propósito es que se destina la publicación de MANOS DE LUZ, comedia dramática del autor argentino Rodolfo González Pacheco.

La elección de esta obra responde al mismo tiempo que al fin citado, al ya en diversas ocasiones manifiesto por nosotros: aportar elementos de inquietud y conocimiento a la colectividad para que ella satisfaga así su tendencia, que queremos cada vez más acentuada, a la superación humana.

LOS EDITORES

Dirección Postal
Cuadernillos "INQUIETUD"
Casilla N° 20
Tupiza - Bolivia

PERSONAJES

ROSAURA	FELIPE
SILVIA	MANUEL
EULALIA	JOSE LUIS
FRANCISCA	ALFREDO
LA DIARERA	MIGUEL
LA HIJA	RICARDO

Estrenada el 6 de junio de 1940, por la Compañía de Blanca Podestá, en el Teatro Smart.

AEP - CDHS
BARCELONA

AEP - CDHS
BARCELONA

ACTO PRIMERO

En la casa de la madre. Comedor amplio y ornamental. Gran puerta a foro, encortinada; dos más, derecha e izquierda. Al fondo de uno de los laterales, un pasillo. Ella aparece sentada a la cabecera de la mesa. Tiene 45 años, que representan 10 menos. A no ser por la actitud vigilante con que oye y mira a sus hijos — como de una perspectiva de pintor a sus criaturas —, podría tomársela por una hermana mayor. Nada revela a la madre; ni siquiera el trato, que ellos nunca le dan por su estado, sino siempre por su nombre: Rosaura. Ellos son cuatro: José Luis, Alfredo, Miguel y Silvia; de 27, 25, 23 y 21 años, respectivamente. Los tres muchachos se diferencian hasta en la ropa. Así, el mayor, de una gravedad casi monástica, viste en tonos oscuros, con nostalgias de uniforme o de sotana; el segundo, que no puede hablar sin reírse, a la última moda, y el tercero, que es agresivo y sarcástico, tiene toda la pinta de un obrero endomingado. (No se trata de que la personalidad le den los trapos, sino de la adaptación de éstos a tres personalidades.) Cuanto a la chica, que con su novio, Ricardo, está ahora en entusiasta palique, luce, como su madre, un traje de fiesta. Se sientan donde al director de escena le convenga; siempre que no sea en la otra cabecera, que ocupará Felipe. 50 años, que éste ni escamotea, ni proclama. Le quedan bien; como su natural señorío o el hábito de caminar equilibrando el cuerpo: es capitán de barco. Y esta posición anfibia es también la de su filosofía. Todo es bueno para él, si después de todo se llega a puerto. Tempestades de las almas, lo mismo que las del mar, le interesan en cuanto puede bandearlas. Si no puede, tampoco se aflige; se deja ir a la deriva. Derecha, centro o izquierda, tanto montan... Sospechamos que es por esto, más aún que por su antigua amistad, que es tan de entre casa aquí. Cinco seres, de los que por lo menos cuatro sienten y piensan distinto, reunidos es cuando más se separan. Y él hace de aglutinante. Recibe sus confesiones, dando por turno, a las más opuestas, igual indulgencia plena. Pero ¡atención! No se crea que esta anfibia por partida doble implique en él un flagrante tartufismo. No. Es como un viaje, sorteando escollos, para el

que él se embarcó hace muchos años; desde que Rosaura quedó viuda. La ama, y a través de ellos, va a ella. Piensa que al fin ha llegado, y esta noche, justamente, se propone echar el ancla. Fílo de un 31 de diciembre. Esplendidez de circunstancias. Sobremesa.

ALFREDO.— Sí, pues. Con discursito y todo fué la cosa, ¿Qué me dice?

FELIPE.— (Dándole fuego al cigarro.) ¡Hombre! ¿Qué voy a decirte? Yo lo conozco a Mendival. Un gran sujeto.

ALFREDO.— (Imitando al aludido, prosopopéico.) Señor de Unzueta: el directorio, teniendo en cuenta la seriedad de su conducta (ríe) —mi seriedad—, ha creído de justicia estimularle a usted con este ascenso...

FELIPE.— (Le interrumpe, entusiasmado.) También conozco su estilo: noble y preciso. Y, te repito: el fondo ajusta, punto por punto a la forma. ¡Todo un señor!

JOSE LUIS.— (Que parecía estar acariciando un potro —ta! es el fastidio arisco con que Miguel le escucha— se disculpa de dejarlo). Perdón. (Y a Felipe.) Lástima que no sea religioso. ¿Verdad, Felipe?

FELIPE.— (Con la misma convicción con que aprobó al otro.) Así es. Una verdadera lástima. Su herejía lo aplebeya. ¡Pobre Mendival!

Hecha la observación, Felipe vuelve a Miguel, que aguanta lo que le dice, cada vez con menos ganas.

ALFREDO.— (Mira a Felipe, extrañado de tan ostensible camaleonismo; pero acaba por alzar los hombros.) Y bueno. Plebeyo o noble, déjenme que continúe virtiéndolo. (Y retoma la actitud y el tono de antes.) ¡Señor de Unzueta! Demás está que le diga cuánto esperamos de usted, joven como es, serio como es, y...

MIGUEL.— (Salta como un gato de una bolsa.) ¡Y macaneador como es usted, señor gerente! (Rosaura se alarma.)

FELIPE.— (Como si al fin expresaran su pensamiento.) ¡Che! ¡Qué justo! No se puede negar que eres mecánico. Esa definición ajusta como una tuerca. ¡Macaneador! (Mira a todos, desafiante.) ¡Macaneador! Sí, señores.

ALFREDO.— (Se corta, pero se sobrepone rápido.) ¡Eh! No tanto. Mendival es un poco formulista; no lo niego. Pero, como jefe, es muy correcto.

MIGUEL.— (Rotundo.) ¡Un parásito!

FELIPE.— ¡Dale a la tuerquita! ¡Aprieta!

ALFREDO.— (Dueño de sí, alegremente.) ¡Viejo! ¡Qué severidad de juicios! Te despachás como una guillotina.

ROSAURA.— (Que de ahora en adelante nos dará la sensación de que es quien recibe los golpes que sus tres hijos se cruzan, hasta que no puede más y grite, desliza): Miguel: ¿no bebes?

MIGUEL.— (No atiende la invitación; quizás ni la ha oído.) No lo conozco a tu jefe. Te oigo y juzgo. (A Felipe.) Está bueno que los tábanos nos coman; son también hijos de Dios. (Esto va por José Luis, que menea la cabeza, resignado.) Pero que encima hinchen de vanidad al mosquito...

ALFREDO.— (Riendo.) ¿El mosquito soy yo?

MIGUEL.— Tú, sí... Diciéndole (a Felipe), con el tono que usted ha oído:— ¡Cómo ara, amigo! ¡Usted es un buey!—, indigna.

FELIPE.— Ni más ni menos: ¡indigna!

MIGUEL.— (Ya liquidado este asunto, vuelve a poner su fastidio bajo el sermón inaudible de José Luis.) ¿Decías, tú?

ALFREDO.— (Mira otra vez a Felipe; vacila entre reírse de él o hacer reír a Rosaura.) ¡Qué lindo tipo! (Felipe no se da por aludido, fuma, tamborilea, ríe para sí su farsa.) Está bien. (Y opta por lo último.) A éste (por Miguel) también lo ascendieron, pero en sentido izquierdista: antes era juez; ahora es verdugo. Como no le dé por hacer justicia en la familia... ¡Guarda Rosaura! Tú eres rica; lo prueba tu champán. (Ríe y bebe.)

ROSAURA.— (Agradecida a su tolerancia.) Y tú eres bueno. Tanto como él, y José Luis, y Silvia. (A Felipe.) Si hay una madre segura de la bondad de sus hijos, ésa soy yo.

ALFREDO.— (Adelantándose a su aprobación.) ¿De acuerdo, no?

FELIPE.— (Fingiendo que se admira de la pregunta.) ¡Claro que sí! ¡De acuerdo!

ALFREDO.— (Deja la copa, y se retrepa en su silla.) ¡Estupendo!

JOSE LUIS.— (Tras una breve pausa. Como quien suelta palomas desde la torre de un templo. Grave y uncioso a todos, pero, al final, a Felipe.) Libertad... Libertad... Y empezamos por nacer bajo una ley de gravitación que nos encadena al suelo. ¿Libres de qué?...

FELIPE.— (Como al cabo de la calle.) Es lo que yo digo siempre. ¿Libres de qué?

ALFREDO.— (Protesta, riendo.) ¡Eh! ¡Capitán! Ya es mucho. Us-

ted "mangia cor tutti". Y hasta repite los platos. Le va a hacer mal...

ROSAURA.— (Severa.) ¡Alfredo!

José Luis baja los ojos, como ante un pecado. Miguel los clava en

FELIPE.— (que, noblemente, tiende las cartas.) "Mangio", como tú dices, porque me sirven. Cortesía de huésped. Porque ustedes se han propuesto que yo pruebe del pensar y del sentir de cada uno. Que pruebe y que apruebe. Lástima que sean de tan encontrados gustos: salado, dulce, amargo... Si no fuera por su champán, Rosaura... (Bebe.)

MIGUEL.— (Agresivo.) ¿Es decir que cada vez que le he expuesto mis ideas, usted me las ha aprobado por cortesía?

JOSE LUIS.— (Desencantado.) ¿Y a mí también?

ALFREDO.— (Riendo.) ¿Y a mí?

ROSAURA.— (Ante lo que cree una situación violenta para Felipe.) ¡Hijos! ¡Hijos!

FELIPE.— (Casi solemne.) ¡No! Cuando han venido, más que a exponerme conceptos o posiciones, a confesarse conmigo, me he esforzado en comprenderles. Y comprender es algo más que aprobar: es querer. Comprendo, porque les quiero. O al revés: les quiero porque les he comprendido.

Rosaura se tranquiliza, y le sonríe. José Luis se inclina, grave. Miguel alza los hombros, en absoluto desacuerdo.

ALFREDO.— (Aplaud.) ¡Capitán! Nos pialó a todos. Y esto sí que vale un trago. (Bebe.)

FELIPE.— Esto vale mi derecho a mirar los toros desde la barrera. "Voilà". (Además de que se excluye y actitud en que permanece hasta que se crea obligado a saltar al redondel.)

MIGUEL.— (Se yergue.) ¿Saben lo que vale esto? (Mira a todos, desafiándolos con la brutalidad que va a asestarles, pero ve el sobresalto con que)

ROSAURA.— (le ruega.) ¡Miguel!

MIGUEL.— (Se muerde.) Nada. (Y a José Luis): Tú, sigue...

JOSE LUIS.— Bien, pues, decía...

ALFREDO.— (Como si irradiara un match de box.) ¡Vuelven los mandadores al ring! ¡Derecha inicia el ataque!

JOSE LUIS.— (Imperturbable en su unión.) ¿Libres de qué, si eres preso, no sólo de aquel régimen que libremente crees darte, sino también de tu piel, de tus instintos, de tus mil limitaciones morales e intelectuales? ¿Cómo romper esas barras que te encierran si son tu sangre y tu alma; toda tu vida? La sociedad es tu reflejo; debes aceptarla y resignarte.

ALFREDO.— (Irradia.) Entrando con un directo al mentón de izquierda, el cual... (espera a que conteste.)

MIGUEL.— (Habla recto; en constante contracanto con el otro.) ¡Hombre, no! Reflejo mío es mi trabajo. Cuando yo forjo una pieza y la pulo y la ajusto a un motor o a una rueda, esa labor mía refleja mi sangre y mi alma; mi capacidad de obrero. Ahora los intereses sociales a que esa máquina sirve, son otra cosa, que a mí no me reflejan y que, al contrario, me niegan. Cuanto a que no hay libertad, porque estamos sometidos, es lo mismo que decir que no hay obras inmortales porque todos nos morimos.

ALFREDO.— ¡Con un zurdazo en plena mandíbula se empareja la pelea!

JOSE LUIS.— Pero, ¿qué es la libertad, hermano?

MIGUEL.— Es la lucha contra lo que hay en nosotros, y fuera de nosotros, de esclavos. Medio o técnica con que el hombre se abre paso a señor de su destino.

JOSE LUIS.— (Táctico.) Bajo la égida de Dios...

MIGUEL.— ¡No! ¡Desde su sangre al espacio!

JOSE LUIS.— Eso es soberbia.

MIGUEL.— ¡Sí! ¡Una soberbia ambición!

ALFREDO.— (Golpeando el gong de la mesa, mientras Miguel termina el primer round, en clinch y empate!)

ROSAURA.— (Ante el gesto fulminante de Miguel.) ¡Alfredo!

MIGUEL.— (Sarcástico.) ¡Cárcel, la vida!... Y bueno; ¡sea!

ALFREDO.— El zurdo vuelve a la carga... (En atención a Rosaura, cuya creciente alarma quiere distraer, esto lo dice en voz baja, pero siempre riendo.)

JOSE LUIS.— ¿Te rectificas, entonces?

MIGUEL.— No. Te concedo.

ALFREDO.— Te da "changú".

MIGUEL.— Si la libertad te asusta, te traigo al terreno de la justicia. Si no podemos ser libres, seamos iguales. Suframos todos la misma ergástula. (Apasionándose.) ¡Que los menos no hagan sufrir a los más!

AEP - CDHS
BARCELONA

ALFREDO.— Tres golpes bajos y a fondo. (Alza tres dedos.) ¡Tres!

JOSE LUIS.— Para Dios no hay más ni menos. Ante Él todos somos pecadores. La salvación no consiste en no sufrir, sino al revés: en sufrir cada vez más, por la crueldad de los unos y la angustia de los otros. Sufrir por Él, que ha de sufrir tanto viéndolos. Yo veo lo que tú ves; no soy ciego. Pero, en lugar de rebelarme, sufro...

ALFREDO.— ¡Recto en el corazón! ¡Guarda, zurdito!

MIGUEL.— (Brutal.) Sí, ya sé. Sufres de Dios, como otros sufren del estómago. Pero tus sufrimientos no cuentan en este asunto. Son problemas tuyos.

ALFREDO.— (A voces y manoteando.) ¡Penal para uno! ¡Ahí no se pega! ¡Foul, o como se llame! (Imita una sibatina.)

ROSAURA.— (Desesperada.) ¡Alfredo! ¡Alfredo!

MIGUEL.— (Mordiendo la ira que le produce Alfredo.) Yo te digo, José Luis: si hay una vida de relaciones y éstas son malas, es el hombre el que las hizo, y es el hombre el que debe hacerlas buenas. Que tú no comprendas esto o, comprendiéndolo, te me evadas de la tierra al cielo, es lo que a mí me da rabia. (Y al otro.) Y tú podrías dejar tus chistes; ya ves que no interesan.

ALFREDO.— (Rie.) Ya veo, ya.

JOSE LUIS.— (Le musita todavía.) No eres humilde, Miguel. Si lo fueras, sentirías que si nuestras relaciones no son buenas es porque nosotros somos malos. Tú no sientes tus pecados. Es lo que a mí me da pena.

Y se le va el santo al cielo. Miguel se acoda en la mesa, hurafó. Felipe fuma y tamborilea. Y Rosaura descansa de su inquietud suspirando. Pausa.

ALFREDO.— (Estalla.) ¡Y viva aquel que dijo que conversando todo se arregla! Que venga acá y lo vea. Dos horas que están prendidos para terminar largándose, uno apenado y otro rabioso. Y esto mientras Rosaura se angustia, Felipe se opia, y yo ya no sé qué hacer para alegrarlos. ¡Linda fiesta de fin de año! ¡Brava familia! ¡Yo protesto! (Y va a beber, cuando)

SILVIA.— (que, con su novio, Ricardo, han permanecido ausentes a cuanto no sea su idilio, le dice a éste.) Y sí, querido. Ve. Tienes aún cinco minutos para llegar a tu casa. (Mira su reloj.)

RICARDO.— (De pie, a Rosaura): Señora: encantando de su fiesta,

pero obligado a dejarles para cumplir también con mis viejos.

ROSAURA.— Lo siento mucho, Ricardo; pero comprendo.

RICARDO.— Más lo siento yo, señora. Se lo decía a Silvia. Estas veladas de ustedes tienen no sé qué suerte de embrujo; lo embargan a uno. Hay armonía y efusión hasta en las cosas aquí. (Abarca a todos y a todo con la mirada.) ¡Son ustedes tan cordiales, tan unidos!

ALFREDO.— (Abre la boca y los ojos, maravillado.) ¡Pero, che! ¿De dónde sale usted, ahora? (Y va a tirarse a reír, pero la seriedad de los otros lo contiene.) Digo: ¿de dónde sale usted ahora con esa capacidad para crítico de música? ¡Qué oído y qué gusto! Porque así es, no más, la cosa: para armonía esta casa. Comparrada con nosotros la orquesta del Colón es una murga. Lo felicito amigo. Esto hay que festejarlo. (Le da su copa y toma él otra.) Beba. (Y apurando la suya.) ¡A su salud!

RICARDO.— (Un poco prevenido.) ¡Salud! ¡A la salud de todos! (Pero nadie corresponde.)

SILVIA.— (Ve la farsa de su hermano, y urge a su novio.) No te entretengas, Ricardo. Te estarán esperando.

RICARDO.— Buenas noches, señora. (Manos.) Don Felipe... (Reverencia, que éste le devuelve.) ¡Chao, muchachos! Y que siga la alegría. (Mutis con Silvia, por foro.)

ALFREDO.— (Tras una pausa, en que mira a todos, haciendo buches de risa.) Y que siga la alegría... ¡Buena! Después de esto, me parece que ahora podrán reírse un poco. Tú (a José Luis), podrás dejar tu pena; tú (a Miguel), tu rabia; y tú, tu actitud de dama de la Cruz Roja, pobre Rosaura. Esto hay que reírlo entre todos. Es un plato muy grande para un hombre solo. (Se sienta a reír.)

ROSAURA.— (Mira a los otros; los ve tan serios, que le insinúa.) Cállate, Alfredo.

ALFREDO.— No me callo; pido ayuda. Esto hay que reírlo en familia. ¡A toda orquesta! (Se alza en director de una imaginaria.) ¡A la una! ¡A las dos! Y a las... (Ve el desprecio de Miguel y la ausencia espiritual de José Luis, y se siente poseído de una mezcla de vergüenza y de furia.) ¡Oh! ¿Qué es esto? Ni para reír un grotesco puedo contar con ustedes? Pero, ¿qué soy yo aquí, entonces? ¿Qué les he hecho? (Trágico.) ¡Felipe! Capitán Felipe: ¡por favor! ¡Ría usted conmigo!

FELIPE.— (Desflora un gesto ambiguo.) Y sí, muchacho; está bien. Muy bien.

ALFREDO.— (A todos.) ¡Está mal! ¡Muy mal!

ROSAURA.— (Doliente.) Alfredo.

ALFREDO.— (Con la necedad de un chico que no quiere jugar más.)

Qué triste es estar alegre, y no poder compartir la alegría con nadie. Ni con el amigo, ni con los hermanos, ni con la madre. (Se sienta.) Estoy solo en tu casa, Rosaura.

ROSAURA.— (Rápida, como ante una acusación.) ¡No, hijito, no! ¡Eso no! (Y va a ir a él, pero la voz de)

MIGUEL.— (la deja en vilo.) ¿Estás alegre porque te han ascendido? Pero, ¿cómo no comprendes lo pequeño y egoísta de tu goce? ¿Cómo no ves que mientras tú ríes y subes, otros millones de seres, se degradan y lloran?

JOSE LUIS.— (Vuelto de sus lejanías.) No hay porqué alegrarse tanto, Alfredo. Pero tampoco hay por qué encolerizarse, Miguel. Caídas y ascensos son pruebas a que nos somete Dios.

MIGUEL.— (Alza los hombros.) ¡Bah!

ALFREDO.— (Reacciona y se alza.) Caídas y ascensos son pruebas de incapacidad o capacidad. Cuanto a esta alegría mía, que les molesta, soy como Rosaura quiere. Como ella ve la vida, la veo yo. Alegremente.

JOSE LUIS.— (Por primera vez, también se vergue.) ¡Ah, no, hermano! Perdona. Ella ha sido siempre humilde.

MIGUEL.— (Se para igual.) ¿Qué dices, tú? ¡Mienten los dos! Ella fué siempre rebelde.

ALFREDO.— ¡A mí me enseñó a reír!

JOSE LUIS.— ¡A mí a rezar!

MIGUEL.— ¡A luchar me enseñó a mí!

ALFREDO.— Últimamente: que lo diga ella. Dí tú, Rosaura: ¿quién es como tú has querido? ¿Cómo tú quieres?

JOSE LUIS.— Habla, mujer.

MIGUEL.— Habla, mamá.

ROSAURA.— (No habla; clama.) ¡Hijitos! ¡Mis hijitos! ¿Entonces he sido yo que los ha puesto a ustedes unos contra otros? ¡Yo no quise eso! ¡Yo no quise eso! (Pausa. Los tres la miran desde distintos asombros. Ella se abate.)

FELIPE.— (Deja el cigarro; se echa hacia atrás, y aparece el señor que es, vívido y anfibio. Habla seguro de que "se tira una fija".) Ni ha hecho usted eso, Rosaura. Tranquilícese. Y ustedes... (Además de que se sienten, que Miguel y José Luis obedecen.)

ALFREDO.— (Ruega, dramático.) En serio, Felipe.

FELIPE.— Más que en serio, muchacho; en sagrado. Siéntate. (Y cuando éste ejecuta, campanudo a Rosaura.) Usted ha hecho lo que debía: iluminar en sus hijos la conciencia de un destino que trajeron al naer como sentido o nostalgia; darle a cada cual lo suyo (Silvia, blanca sombra o luz oscura, vuelve por foro, en silencio, y penetra izquierda; él la mira pasar y sonríe a todos): a ésta, el amor, que hasta ahora creíamos ciego, pero que resulta que también es sordo (busca quien le festeje el chiste, pero no lo halla); a éste, la clara alegría; a ése, la militante justicia, y a aquél, la angustia de Dios. Usted condujo sus vidas como con manos de luz. (Rosaura le agradece con los ojos; él reconfortado se emplea a fondo.) Muchachos: ella ha alentado en ustedes lo más virtual y sincero; aquello que más querían, que nadie puede quitarles, y que aman por sobre lo de los otros. Ya lo tienen. No hay conflicto. No debe haber, pues, disputa. Frente a nosotros y alrededor de esta mesa, hay solamente esta noche, filo entre dos años: uno que parte del puerto y otro que en el puerto queda, y para despedirlos estamos aquí reunidos. (Toma su copa y se alza.) ¡De pie, señores! ¡Hurra por Rosaura, ensenada en cuyas aguas serenas cabecearon sus barcos! ¡Y hurra también por ustedes, que se hacen hoy a la mar!... ¡Hu...!

¿Qué ve? José Luis está en éxtasis. ¿Reza? Alfredo enfurrufado. Miguel lo mira irónico. Y Rosaura, con más ansiedad que nunca, vigila a todos. No ha interesado a nadie. Sonríe su fracaso y, sin beber, se sienta. Dan las 12 en algún templo. Y afuera estalla el tumulto de fin y principio de año: un júbilo de bocinas, de sirenas, de campanas y de cohetes. Cuando cesa, un poco melancólico, reflexiona:

Decididamente, Dios no me quiso orador. No me besó en la boca...

MIGUEL.— (Se revuelve en una lucha de su derecho a decir lo que piensa con su deber de respeto al huésped. Triunfa en él, como siempre, lo más sincero.) Es que, disculpe, Felipe: si hay Dios, habrá cualquier cosa, menos dictar discursos. No puede ser un profesor de literatura. Y eso que usted ha dicho es literario.

FELIPE.— ¿Me salió tan bien, muchacho?

MIGUEL.— Tan mal, Felipe.

FELIPE.— ¿En qué quedamos? ¿Blanco o negro? Si es literario...

MIGUEL.— Blanca o negra o roja, la literatura es siempre mala. Y la peor de todas, ésta, de circunstancias. Porque, además, es falsa.

FELIPE.— (No se convence, sonríe, fuma, tamborilea.) Vamos a ver, muchacho...

ALFREDO.— (Que, poco a poco, ha vuelto a su ser alegre, le interrumpe.) ¡No se meta, Felipe!

FELIPE.— (Se mete, no más.) Descartemos la forma y analicemos el fondo. Yo te he invitado a brindar por Rosaura, de quien recibiste tú la noción de la justicia. ¿Es falso? Y a festejar este tránsito de un año a otro. ¿Es malo?

ALFREDO.— (Que ve a Miguel sonreír sarcástico.) ¡Capitán! "La tempesta s'avicina". ¡Gane puerto! ¡Tire el ancla!

MIGUEL.— Es falso para mí y para Rosaura; porque no hay justicia, y para que la haya no es vino que hay que brindarle, sino la sangre. Lo sé yo, y ella lo sabe. Y es malo que yo me alegre por un año que termina y otro que empieza; porque es pueril, como una raya en el aire o un punto en el agua. La vida no tiene almanaque. (Se alza.) Sí. Habrá muy pronto en la tierra un primero de año humano. (Refirma.) ¡Habrá! Y él no será festejado ni con risas ni con rezos, porque quienes lo traerán —¡lo traeremos!— no serán ricos ni santos, sino rebeldes y pobres. Entonces será la fiesta, alrededor de otras mesas, tiroteándonos con algo más que discursos. (Mira el reloj, y va a besar a Rosaura.) ¡Ya lo verán!

ROSAURA.— (Inquieta.) ¿Vas a salir, hijito?

ALFREDO.— (Ríe.) ¡Ay! ¡Qué miedo! ¿Y eso va a ser pronto, dices? No salgo, entonces.

MIGUEL.— (Sin besarla, todavía; amenazante al otro.) Pronto, sí. Mucho mas antes de lo que tú y éste (José Luis) creen. Ríe. ¡Ya llorarás!

JOSE LUIS.— (Que desde que lo aludió, lo mira grave.) No debieras salir. Es tarde, hermano.

MIGUEL.— (Rápido a éste, y agresivo.) ¿Qué? ¿No es tarde para ti, que antes de acostarte vas todavía a rezar? ¡Pues para mí tampoco!

JOSE LUIS.— (Se yergue, sin levantarse, como si aceptara un reto.) Tienes razón. No hay temprano ni tarde; ni aquí ni allá. Tiempo y espacio son ilusiones también. Lo único real es la lucha.

MIGUEL.— (Definitivo.) Así es. (Y recién besa a la madre.) Hasta siempre, Rosaura. (Medio mutis.)

FELIPE.— ¿Un momento; quieres?

MIGUEL.— (De mala gana, se queda.) ¿Qué hay?

ALFREDO.— (Se alza para irse también.) Pues, a mí, Felipe, me pa-

reció macanuda su espichada. Me hizo pensar en Mendival; con eso le digo todo. (Ríe.) Pero no pude aplaudirle porque estaba furioso con éstos y conmigo. Más conmigo que con éstos. ¡Seré idiota! Cuando izquierdas y derechas ganan la calle y se trenzan, ¿qué deben hacer la banca, el comercio, las fuerzas vivas? ¡Cerrar las puertas, bajar las cortinas! En cambio, yo quise dármelas de animador o "manager", con este saldo a la vista: un chivatazo de órdago. ¡Ah! Pero no me agarran más, chiquitos. ¡Nunca! Rosaura: tengo programa de baile. Te dejo. (La besa.)

FELIPE.— Un segundito también.

ALFREDO.— (Exagerando su alarma.) ¿Qué? "Ricominciamo da capo" ¡No! (Pero se queda.)

JOSE LUIS.— (Sin levantarse.) Yo, Felipe...

FELIPE.— (Lo baraja.) ¿Tú? Ya sé. Te nombré a Dios y te arrodillaste. No podías alzar tu copa, porque habías alzado tu corazón. (A Miguel, victorioso.) Ahí tienes tú: literario y todo, mi pobre espiche no era tan falso y tan malo. La verdad y la bondad, como tú las entiendes, no estarían en él, pero estaban en lo que animó en ustedes; la reacción de lo mejor de cada uno. Si estuviera aquí la otra, diría que no brindó porque no estaba su novio...

ALFREDO.— (Urge.) Muy bien, mi elocuente capitán. Pero... (Mira su reloj pulsera.)

MIGUEL.— (Alza los hombros, y otra vez inicia el mutis.) Eso ya es otro asunto... (José Luis, simultáneo a éste, se para.)

FELIPE.— (Detiene a todos.) No. No se vayan todavía. Porque, eso sí, sería malo y falso. Falso en ustedes y malo para Rosaura. ¿Acaso no la quieren? ¿No ven como la dejan? Triste.

Pausa. Los tres la miran. Ella baja el rostro.

ALFREDO.— ¿Triste? ¡No! ¿Verdad que no, querida? (Y va a abrazarla, en hijo.)

MIGUEL.— (Le toma una mano, en compañero.) ¿Sufres, Rosaura? Hay que ser fuerte. ¡Coraje!

JOSE LUIS.— (Le alza la cara y le mira a los ojos, como a una hermana en el sacrificio.) Dios te prueba, mujer. Resignate.

FELIPE.— ¡Reconciliense en ella, muchachos, si quieren verla feliz!

ROSAURA.— (Se recobra al oír esto último, y se yergue más alta que todos.) ¡Ah, no, Felipe! ¡Eso no! Tendrían que deponer ante mí sus convicciones; no ser ya más lo que son. Soy yo que en ellos me re-

concilio. Pues, si como usted ha dicho, sólo hice lo que debí, su vida es de ellos, no mía. ¡Vivan sus vidas! ¡Son libres! Y yo soy feliz, hijitos. Feliz, como cuando me nacieron. Y más feliz todavía, porque esta noche mi angustia ha sido para que viera que había alumbrado cuatro almas. ¡Orgullos míos! (Les mira el rostro.) ¡Mis criaturas!

LOS TRES.— (Vueltos cada uno a sus respectivos seres.) ¡Rosaura! ¡Rosaura! ¡Rosaura!

ROSAURA.— (Fingiendo una severidad que la anífa.) Rosaura te manda a ti a divertirme. Y a tu batalla a ti. (Conduce a Alfredo y Miguel a foro.) ¡Vayan! ¡Pronto! ¡Ligerito!

ALFREDO.— (Yéndose.) ¡Esta noche mi alegría se llamará Rosaura!

MIGUEL.— ¡Esta noche Rosaura se llamará justicia!

ROSAURA.— ¡Esta noche me llamo felicidad! (Los saluda con la mano cuando desaparecen. Después, radiante, al otro.) Y tú, a tu

Dios, hijo mío. Ve a rezar.

FELIPE.— (Ante lo inesperado, que le sabe a gloria.) Cada cual a

lo que ama. Muy bien Rosaura. La reconciliación en la libertad.

JOSE LUIS.— (Que ha estado mirando al suelo, se yergue ante ella, áspero y autoritario.) Yo ya he rezado, mujer. Ahora, ve tú. Eres tan feliz, que temo por ti, si no te humillas. (Medio mutis.)

ROSAURA.— (Cae de su tono alegre y alto a uno bajo y asombrado.) ¡Sales? ¡Adónde vas?

JOSE LUIS.— No sé. El (Dios) sabe. Yo sólo sé que esta noche ha iluminado en mi sangre la hora de la milicia. "El que no está conmigo, está contra mí". Ve. Reza tú por todos, madre.

ROSAURA.— (Viendo en sus ojos el mandato irreplicable.) Bien, hijo. Voy. (Y ahora, diríase una monja, tal es de suave y sumiso su paso y su rostro. Al llegar a derecha, se vuelve.) Llame a Manuel, Felipe. Que le sirva el café. (Desaparece.)

José Luis la mira irse. Luego se inclina ante el huésped, y parte, firme y adusto, por foro. Felipe no esperaba este final tampoco. Y así lo expresa, abriendo los brazos y alzando los hombros. ¿Escollo o vía libre? No sabe. Se sienta, sin llamar. Enciende otro cigarro. Entre bocanadas de humo, trata de orientar su juicio como un barco entre la niebla. Pausa. Manuel, por el pasillo, con cafetera y tazas. Es un viejo servidor; suerte de mayordomo, pero sin librea ni en el cuerpo ni en el alma. Felipe no lo oye, o no le interesa. El, después de servirle, se hace presente.

MANUEL.— Servido, don Felipe.

FELIPE.— (Mira al pocillo y a él; luego pide, pero ordena.) ¿Qué tal si bebiéramos un poquito de cognac? ¿Te animas?

MANUEL.— (Exagerado.) ¿Cognac? No, don Felipe; ¡yo no! Y le aconsejaría que tampoco usted bebiera. A nuestros años...

FELIPE.— (Picado.) ¡A los tuyos dirás! ¿Cuántos tienes? (Y azucara y bebe el café.)

MANUEL.— (Mientras busca la botella y le sirve.) Y... pondremos dos o tres menos que usted, para que, hasta por los años, siga siendo su inferior.

FELIPE.— Te cedo la jerarquía que, por lo demás, te corresponde. Eres un tipo concluido; no puedes con una copa. (Alza la copa que le sirvió.) Esto de los años, tonto, es como lo de las deudas: si te acuerdas, debes; si no te acuerdas... "Voilà" (Y la apura de un sorbo.) Sírveme otra.

MANUEL.— (Le sirve.) No hay que confundir al sastre o al casero con el cuerpo de uno y el inquilino. Estos pagan más cuanto menos tienen. Para generosos, los fundidos. Lo sé por experiencia.

FELIPE.— (Con demasiada pasión para tan poco tema.) Lo sabes porque eres débil. ¿Qué vas a compararte tú conmigo? Yo estoy en la plenitud. En la cumbre de la vida. (Y apura la otra.)

MANUEL.— (Ríe.) ¡La cumbre sobre el abismo!

FELIPE.— (Indignado.) ¡Pero che! ¿Te has propuesto hacermelo viejo? ¿O a fuerza de verme joven has acabado por tenerme envidia? (Se para y tranquea, enérgico, equilibrando el cuerpo.) Te retiro mi afecto.

MANUEL.— Y yo le retiro la botella. Veremos quién pierde más.

FELIPE.— No la preciso.

MANUEL.— (Cómplice y pícaro.) Claro que no la precisa, don Felipe. ¿Para qué tanta presión a la máquina y barullo en la cubierta, si la mar está en calma y el puerto está libre? ¿Ha resuelto atracar esta noche? ¡A vela mi capitán! Embandere de velas su barco y atropelle sin miedo. Es más de marino viejo y más poético. (Mutis pasillo, riendo.)

FELIPE.— (Cae de la luna.) ¿Qué? ¡Ah, bandido! ¡Infidente! ¡Vejete! (Lo sigue unos pasos; al volverse, ve a Rosaura, que aparece por derecha, saturada de misterio todavía.) Este viejo Manuel... (Ella se sienta, él sonrío desconcertado; sale del paso ofreciéndole.) ¿Un poquito de café?

ROSAURA.— (No desea.) Gracias. ¿Tomó usted ya?

FELIPE.— Sí. Y algo más, que, según ese canalla, era para crear

coraje. (Rie.) Y lo peor es que era cierto. (Se le aproxima.) Tengo que comunicarle algo muy serio, Rosaura.

ROSAURA.— (Se alarma un poco.) ¿Esta noche, Felipe?

FELIPE.— (Se sienta.) Esta noche; porque quiero que sea usted la primera que lo sepa. Mis alegrías son más cuando se las cuento; como mis penas menos. (Solemne.) ¡He desembarcado definitivamente!

ROSAURA.— (Abate el rostro.) ¿Ya?

FELIPE.— Ya era tiempo, me parece. Hemos viajado veinte años; usted a través de sus hijos, yo... —la frase es cursi, pero expresa mi verdad— yo a través de mi esperanza. Paradoja del vivir; el que menos ha viajado de los dos soy yo, el marino. Al igual que los sonámbulos, lo que he llevado de puerto en puerto, han sido sólo mis sueños. Mi despertar quedó aquí, junto a su deber de madre, que también esta noche ha terminado. (Triunfal, como cuando ella lo dijo.) ¡Esta noche te llamas Felicidad!

ROSAURA.— (Lentamente; lo mira.) ¿Lo cree usted así?

FELIPE.— Lo creo, como tú lo crees, porque lo has dicho. Al libertar a tus hijos, para que vivan sus vidas, te has libertado tú. Ya estás libre. ¡Libre y sola... para mí! (Pausa; ella cierra los ojos; él le toma una mano.)

ROSAURA.— ¡Sola y libre, sí! (Y empieza a erguirse el alma.) Cuando dije que otra vez los alumbraba, sentí mi liberación como una llama; como si mi sangre, que les di joven, hubiera vuelto a mis venas y me rejuveneciera. Fué un recobro de mi ser, profundo, total, alegre, como tras un largo sueño. Mi grito fué de triunfo; ¡felicidad! El instante que esperábamos sin esperar, llegó... (Otra pausa, en que su altivez se abate.) Y, sin embargo, no lo esperaba tan pronto...

FELIPE.— (Desencantado.) ¡Rosaura!

ROSAURA.— (Como un eco.) ¡Felicidad!... Una vez me contaba José Luis de un pobre cura, en quien la costumbre de repartir estampitas, hacía que no pudiera pasearse, ni encerrado en su celda, sin volverse a repartirlas a chicos imaginarios. Me pareció inefable. Pero, ahora veo que también es trágico. Como él, a pesar de que estoy sola, sigo sintiendo a mi alrededor mis hijos. (El sonríe; ella se duele.) No, no sonríe, Felipe. El hecho mismo que yo, para explicarme ante usted, tenga que recordar lo que me contó uno de ellos, es ya una tragedia.

FELIPE.— (Rie del todo.) Sí; una irrefutable tragedia. Como es pa-

mi caminar en tierra equilibrando el cuerpo, como si estuviera a bordo... Ya nos acostumbraremos, tú a ser libre, y yo a caminar correctamente. (Serio.) Rosaura: te llamo al cumplimiento de tu promesa; a lo que hemos esperado; a lo que, al fin, nos va a unir. (Ella elude su mirada; él se amarga.) O todo esto de que me hablas es para que yo comprenda que no...

ROSAURA.— (Vivamente.) ¡No, Felipe, no! Estoy sola, sí. Mi realidad es ésa, y lo demás es como un sobresueño. ¡Sola!

FELIPE.— (En la gloria.) ¡Y libre! ¡Libre y sola para mí! ¡Para mí solo!

ROSAURA.— Para ti. (Y alza el rostro y yergue el busto y va a tenderle las manos, pero a mitad de la acción las deja caer, vencida por la tristeza.) ¡Ah! ¡Es terrible!

FELIPE.— (Se alarma.) ¿Qué? ¿Rosaura? ¿Ya no me amas?

ROSAURA.— (Desesperada de sí.) ¡Los recuerdos! Los recuerdos que no acaban de dejarme. Se me vienen a la frente, como besos. Ahora es Miguel. Un compañero suyo, que al caer preso para una larga condena, tenía veinte años y estaba enojado. La cárcel y sus angustias envejecieron su físico, pero su vida afectiva se inmovilizó en la adolescencia. ¡Siguió novio, novio, novio!... Al salir en libertad, era un pobrecito anciano que amaba y que recababa amores como si fuera un mozo. ¡Ridículo! Como nosotros, Felipe. Somos dos viejos...

FELIPE.— (Se alza, protestando, heroico.) Somos dos enamorados, y el amor es siempre joven. Cuanto a lo otro, yo no sé qué es más terrible: si tus recuerdos o tus olvidos. Aquellos son sagrados, pero éstos son sacrílegos. (Ella le mira; él cambia el tono vibrante y alto, por envolvente y tierno.) Rosaura: viviste como una roca entre las altas mareas, que eran tus hijos. Recta y firme en tus deberes de madre. Ya has cumplido; ya estás sola; ya no hay por qué ser de piedra. (Vuelve a tomarle las manos.) ¡Vive tu vida, ahora!

ROSAURA.— (Como si interrogara desde su instinto.) ¿Mi vida, ahora?

FELIPE.— (Atacando a fondo.) ¡Sí! La de mujer que ama al hombre que la ama tanto y la esperó siempre! (Avanza por sus brazos con los suyos.)

ROSAURA.— (Ya no pregunta, afirma.) ¡Mi vida, ahora! (Alzando también sus manos sobre los brazos de él.) ¡Sí! ¡La de mujer que amó siempre y esperó tanto a ser libre!

FELIPE.— ¡Para ser mía! ¡Mi Rosaura! (Y va a ceñirla y besarla, cuando en el pasillo suena el teléfono. Ella se aparta; él va a ir.)
 ROSAURA.— No, deja, querido. Voy yo. Han de ser felicitaciones de año nuevo. ¡Felicidad! (Y hace mutis, sonriéndole, amorosa.)

Pausa. Felipe tranquea la sala, como si estuviera sobre cubierta. En capitán.

ROSAURA.— (Se oye. Su voz es clara y alegre. Canta felicidad.) Sí. Lo de Unzueta, sí... ¡Ah! ¿Eres tú, mi vieja Eulalia? Yo, sí, Rosaura. ¿Qué?... Habla más alto. ¿Qué? (Y empieza a tornársele opaca y profunda, hasta el desgarró trágico.) ¡No! Aquí no está ni vino hoy tu Alberto... ¿Cómo? ¿Dónde?... ¡Oh, señor! ¡Señor! (Corta.)

FELIPE.— (Que detuvo su paso, la interroga, inquieto.) ¿Qué pasa?

ROSAURA.— (Avanza y habla también lentamente; como si la fatalidad pesara hasta en sus palabras.) Eulalia que me pregunta por su hijo. ¿Adónde estarán los míos?

FELIPE.— Pero... ¿Por qué? ¿Qué ocurre?

ROSAURA.— Frente a su casa han asaltado un convento. Ya hay barricadas también. Es la guerra que comienza.

FELIPE.— (Intentando reír.) ¡Qué guerra! Alguna simple algarada. No te alarmes. Voy a ver... (Medio mutis.)

ROSAURA.— (Resuelta.) Sí. ¡Vamos! (Y va a seguirle.)

FELIPE.— No. Tú no. ¿Dónde vas a ir? Tú permaneces aquí, mientras yo... (Pero en lugar de irse, vuelve a ella.)

ROSAURA.— ¿Dónde voy a ir? Adonde quiera que fuera, estaría sola con uno contra los otros dos. Y los tres son mis hijos.

FELIPE.— Estarías en peligro, si de verdad esto es serio, que no lo creo. Y tú también eres mía. Hasta de aquí a un momento. (E intenta rodearle el talle, para besarla.)

ROSAURA.— (Retirándolo de sí, más que violenta, sagrada.) ¡Felipe! No. Mientras mis hijos peleen, yo no soy libre. ¡Soy de mis hijos!

FELIPE.— (Toma distancia; se inclina; vuelve a ser un señor ante una dama.) Perdón, Rosaura. Perdóneme. (Y gira y sale.)

ROSAURA.— (Echa la cara en las manos, como ante una visión que le lastima los ojos. Es un instante, no más, tras el que se yergue serenada en lo fatal.) Mi vida, ahora. ¡Ahora sí empieza mi vida!

AEP - CDHS
BARCELONA

ACTO SEGUNDO

La vereda y la fachada de la casa de Rosaura. Un zaguán con las hojas de su puerta de par en par, en medio de dos ventanas con rejas. A la derecha, una ochava sobre una supuesta calle. No hace falta que digamos que es una casona de las de antes. Lo está cantando su entrada, tan ancha, o más, que una pieza común de hoy; la cancela de viejos hierros forjados, a través de la que asoman los matorros y las flores del primer patio; los zócalos de mármol, altos, y el piso que es de lo mismo, en rombos blancos y negros. Hasta el farol, que fué a kerosene y gas, con bombilla eléctrica ahora. Tiene también dos puertas de acceso a los laterales. Frente a frente. Y adosados a los muros, sendos poyos de mayólica. Al levantarse el telón, sobre una pequeña pausa, varios toques de bocina. Es un auto que cruza la bocacalle. De inmediato, Rosaura por la cancela. Viene a ver de qué se trata. No es lo que espera, y se sienta en algún banco. Sin que pueda decirse que esté más vieja que cuando parecía hermana de sus criaturas, está, sin duda, más madre, en lo que esto implica latente angustia. Pero, contenida siempre. Serena. Una actitud de quien se mira una llaga que sabe es incurable. Noblemente fatal. Breve pausa, y el alarido lejano de una bocina que viene pidiendo vía. ¡Ahora sí! A medida que se acerca, alza ella el torso y el rostro, tensa de expectativa. Es el camión de los diarios de la tarde, que no se ve, pero se oye que frena frente a la ochava. Sobre el jadeo premioso del motor en marcha, personajes invisibles hablan a gritos.

EL DEL CAMION.— Le dejo cien. Hoy esto es pan. Se lo come el público.

DIARERA.— ¡Es que habrá buenas noticias, pues! Ya decía yo. (Y en otro tono, de reproche, a la hija.) ¿Has visto vos?

EL DEL CAMION.— ¡Ufa! ¡Buenísimas! Avance en todos los frentes.

DIARERA.— (Como antes.) ¿Lo oís, descreída? ¡Te he dicho que

ganaremos! (Y al del camión, cordial.) En todos, ¿eh? ¿También en el frente Norte?

EL DEL CAMION.— (Entre risas.) ¿Y por qué no? Hoy no lo hacemos por menos. Pero, ¿usted cree? Yo tampoco. (Remata el chiste con una gran carcajada y arranca como llegó, pidiendo vía a alaridos.)

LA HIJA.— (Mientras transporta un paquete de la vereda a la ochava. Es una chiquilla de 15 a 16 años. Su voz es tierna y doliente, cuanto la de su madre es áspera y agresiva.) ¿Ha visto, mamá? Mentiras todas. Y usted se cree...

DIARERA.— (Ahora se la ve también. La eterna mujer del pueblo, de cualquier raza, cuando la soliviantan los grandes vientos de las pasiones sociales. Todo en ellas es primario, desesperado, absoluto. Bajo el vendaval tremendo, se desgajan y desnudan de cuanto es, corrientemente, femineidad y belleza; quedan en raíces, en fuerza, chorreando sustancia humana. Trae un segundo paquete, que tira junto al que trajo su hija.) Lo que he visto es un idiota que si no es un marica es un espía. (Gritando al que no la oye.) ¡Espía! ¡Marica! ¡Por algo, con los tamaños que tiene, no está peleando!

LA HIJA.— ¡Pero, mamá!

DIARERA.— (Vuelta a la muchacha ahora.) Perdóneme, hija. Me ensucia hasta la lengua esta lucha; pero más se estarán ensuciando sus hermanos. Ya nos vamos a limpiar cuando ganemos. ¡Qué lindo es ser aseaditas! Pero, mientras, dígame esto, y no lo olvide: Los pobres sólo han de creer en lo que les dé coraje. Todo lo que a usted la asuste, sea el diablo o Dios, téngamelo por mentira. (Y salta de lo sentencioso y tierno a lo enérgico y urgente.) A ver: abrí ese paquete. Lee de una vez. ¿Qué dice ahí, en esas letras grandotas?

LA HIJA.— (Deletrea, monótona.) Avance en todos los frentes. En un impetuoso ataque a la bayoneta, los nuestros reconquistan diez kilómetros...

DIARERA.— ¿Diez, nada más? ¡Y bueno! A esta hora habremos reconquistado cincuenta o cien. Seguí.

LA HIJA.— Tabla de gloria. Nuestros caídos ayer. (Con susto.) ¡Los muertos, mamá!

DIARERA.— (Imperativa.) Eso lo dejas para lo último. No es tiempo de llorar ahora. Los combates y los triunfos. Qué trincheras y qué pueblos les tomamos. ¡Eso léeme! Pero no con ese tono de

letanía. ¡Con fuerza! ¡Que se me clave en la frente! Ayúdame, criatura. ¡Te he dicho que ganaremos!

LA HIJA.— (Implorante.) Sí, mamá, sí. Pero no me apure tanto. Yo leo despacio, pa mí, y después le digo a usted.

DIARERA.— Despacio, pero apúrate. (Y contestando a un chistido de la derecha.) Voy en seguida. Ya voy. (Manotea unos periódicos, y se aleja, pregando.) ¡Diario! ¡En un impetuoso asalto a la bayoneta los nuestros reconquistan cien kilómetros! ¡Diario!

La hija, en tanto, hace asiento de un paquete, y queda ahí, sobre la ochava de flanco al público, enfrascada en la lectura.

EULALIA.— (Por izquierda, con Francisca, que le sigue. Llega al zaguán de Rosaura, la ve y se anuncia.) ¡Yo! (Con el énfasis con que se dice: La reina.)

ROSAURA.— (Distraída en escuchar a las otras, tiene un asombro cordial.) ¡Eulalia, tú! ¿Cómo has llegado hasta aquí? (Y va a ella.)

EULALIA.— (Es una dama de, más o menos, sus años, pero en visible contraste cuanto a carácter: grave, esquinada, arisca. Arquetipo de una clase que ni pacta ni se rinde. Y que por eso perdura. Viene agitada, pero no de miedo. Cree que ha bandeado un pelligro, y está vibrante. Más que besar a Rosaura, deja que ésta la bese, mientras contesta despreciándose un poco.) Escudada en esta facha; ya ves. (La "facha" de que hace alarde, debe ser porque no trae sombrero, ni cartera ni guantes; detalles que no atenúan, sino más bien acusan, al quererlo ocultar, su señorío.) Mas, con todo, he debido abrimme paso como a través de alambradas, arrancándome las púas. Esa gente (de la calle) tiene un olfato de perro: huele la clase. Y si les huyes, te muerden; pero, si les atropellas, te lamen. No sé qué es peor.

ROSAURA.— (Soslaya el tema.) Pasa, Francisca. (Es la criada. Se ha quedado en el umbral, y no entra hasta que)

EULALIA.— (le ordena.) ¡Entra mujer! (Y a Rosaura.) En cambio, a ésta ni siquiera la miraban...

ROSAURA.— No debiste arriesgarte.

EULALIA.— Hay que arriesgarse siempre. ¿Sabes algo de mi Alberto?

ROSAURA.— Tu hijo está bien.

EULALIA.— ¿Cómo lo sabes?

ROSAURA.— Por José Luis... (Mientras se vuelve a escuchar a)
DIARERA.— (que, de pie, frente a la hija, sentada, le sentencia.) Los pobres somos semillas; los ricos, piedras. Los de ellos, cuando caen, se hunden; los nuestros, brotan. Porque ellos son opresión, y nosotros libertad. ¿Comprende, mi hija? ¡No se me olvide esto nunca!

LA HIJA.— Comprendo, mamá.

DIARERA.— (A alguien que pasa derecha.) ¡Diario! ¡Avance en todos los frentes! (Y a la muchacha.) En tanto atiendo a la venta, venga; vaya leyéndome, usted. ¡Diario!

LA HIJA.— Voy, mamá, voy. (Desaparecen las dos.)

EULALIA.— ¿Y eso? (Y se dirige a la puerta.)

ROSAURA.— (Alarmada, le cierra el paso.) No. No te asomes. Podría tomarlo por una provocación. (Y sonríendole.) Tu "facha", por más que tú te lo creas, no despista a nadie. Siéntate. Y tú, Francisca. (Pero ésta espera otra vez que se lo ordene su ama.)

EULALIA.— (Se sienta de mala gana.) Pero, ¿quién es? (Desahogándose en la sierva.) ¡Siéntate, pues, mujer!

Francisca es su contracara. Es la humildad sin alivio. Trapo de piso o tabla de fregar. El trabajo triste. Tenía una sola dicha: la de su hijo, cuya vida rastreaba a través de las noticias de policía. Pero aquello era en la paz. En la guerra, ¿dónde hallarle? Se sienta apenas, con el rostro casi oculto bajo el pañolón que cubre su cráneo, estrecho y canoso. Cruza las manos, y queda ciego que cae a los pulgares sobre su vientre.

ROSAURA.— (Que ha estado atenta a la calle, contesta a Eulalia con un acento que linda en lo delicitable.) La diarera de este barrio. Una mujer con su hija, que se ha instalado en mi ochava. Ya la oírás.

EULALIA.— (Sin interés.) Ah, sí. La ví.

ROSAURA.— No debe saber leer, pues se hace dar las noticias por su chiquilla, y ella después las vocea. Pero, con tanta pasión, que, oyéndola, ves la guerra. Angustia, horror, heroísmo, todo desfila ante ti en imágenes calientes y enfurecidas.

EULALIA.— (Despectiva.) Una verdadera harpía...

ROSAURA.— (Rápida y protestando.) ¡No! Una verdadera madre. Ella tiene los tres suyos en el frente.

EULALIA.— Con los otros, claro.

ROSAURA.— (Tácita.) Claro. Son pobres. Eran su guarda y sostén.

Pero vino la contienda y se fueron a pelear. Se quedó sola con su hija, desamparada.

EULALIA.— Pudo haber hecho otra cosa que estar en la calle con una niña.

ROSAURA.— Sí. Yo misma la llamé, porque es vecina, para darle algo que hacer. No quiso.

EULALIA.— ¿Ves? Así son.

ROSAURA.— (Con dolor de no poder ser así.) Así son: ciegas y tercas; pero, como tú dijiste, con un olfato de perras para rastrear sus criaturas. A través de todo vicio, castigo o crimen, los siguen y los encuentran. Hallan cómo serles fieles. Como ésta. Esa ochava es su trinchera. Desde ahí les ve, les anima, cae y se alza, diariamente, en las noticias que grita. ¡Está en la guerra también! (Esto lo ha dicho de pie, apasionada. Cuando termina, se sienta, y se abisma, murmurando.) Y yo la admiro. La envidio. Yo veo en ella la madre que hubiera querido ser.

EULALIA.— (No esperaba semejante apología ni mucho menos. Las réplicas de Rosaura, que empezaron enconándola, se le explican ahora; le revelan lo inconcebible, monstruoso casi. Venía a buscar una aliada y halla una partidaria de los otros. Pero no está en protestas ni gemidos. El desencanto la centra en lo virtual de su vida, que es el combate.) Está bien. ¡Muy bien! (Y va a alzarse, cuando)

LA HIJA.— (vuelve. Se la ve frente a la ochava.) Y ahora lo más triste, mamá. Los pobrecitos muertos. Me da miedo leer. (Y estruja el diario.)

Francisca para su juego y, por primera vez, parece que oye. Queda anhelante, como si escuchara con la boca.

DIARERA.— (Que ha vuelto tras de su Hija.) En la guerra no hay tristezas ni alegrías. Muertos ni vivos. Hay la pelea, nada más.

LA HIJA.— ¿Cómo no ha de haberlas, mamá? Mire que lista hay aquí, de los que ayer han caído. ¡Vea!

Francisca ahora se revuelve sobre su banco, como un montón de arena al que socavara un borbollón oculto. Está entre desmoronarse y saltar.

DIARERA.— (Terminante.) ¡Yo no veo nada! ¡Yo no estoy pa ver los caídos, sino los que se levantan! Vuelva esa página. Vamos.

¡Ahí! ¿Qué dice ahí? (Pero alguien pasa cerca, porque se vuelve a gritar.) ¡Diario! ¡Los enemigos del pueblo pierden quinientos kilómetros! ¡Avance en todos los frentes! (Y seguida por la hija, desaparece.) ¡Diario! ¡Diario!

Rosaura ha oído a la Diarera con simpatía evidente. Eulalia con evidente desprecio. Francisca, tras el tirón que la removió, vuelve a aplastarse y a seguir con sus pulgares.

EULALIA.— Entonces, me voy. Tú (a Francisca, que se para): ¡Vamos!

ROSAURA.— (En la luna.) ¿Qué?... Entonces, ¿por qué? (Y también se alza.)

EULALIA.— (Ofendida de su asombro, que llueve sobre mojado.) Oye, Rosaura: que en esta lucha a vida o muerte en que estamos, te hayas puesto contra tu hijo, no me interesa. Allá tú con tu conciencia. Pero que también pretendas complicarme en tus traiciones, ¡ah, no, mujer! ¡Eso no! (Medio mutis.)

ROSAURA.— (Comprende menos.) Pero... no entiendo. ¿Qué dices? ¿Traición a mi hijo? ¿Complicarte, en qué?

EULALIA.— (Se encoge de hombros y sonríe, amarga.) Te digo que tu posición no cuenta. Con ser, para mí, monstruosa, no me preocupa. El mundo se ha abierto en dos y es lógico que los que no estén en un bando estén en el otro. No es eso lo que me indigna ni te condeno. Es esta farsa, esta escena (la de la ochava), no sé si preparada o casual, que me has obligado a oír. No sólo no te la aplaudo; ¡tampoco te la tolero! (E intenta de nuevo irse.)

ROSAURA.— (Recién comprende, y la detiene, enérgica.) Esa escena no es casual ni preparada. Es la guerra. Pero, sea lo que sea, ni me juzgas ni te vas sin escucharme. Pasa. (Le señala la izquierda.)

EULALIA.— No paso. No he venido a hacer tertulia.

ROSAURA.— ¿Y a qué, entonces?

EULALIA.— Creo que ya no te interesa. Ni yo ni Dios.

ROSAURA.— (Herida.) Eulalia: la amistad y la fe no son objetos que se puedan manejar a tu capricho. Quitarlos de una o ponerlos. Habla, pues, a través de ellos, o deja, al menos, que a través de ellos yo te hable.

EULALIA.— Te escucho.

ROSAURA.— Eres mi mejor amiga...

EULALIA.— (Rápida.) ¡Primer error! Era tu mejor aliada en la lucha por El. (Dios.)

ROSAURA.— (Tolerante.) Bueno. Una cosa no excluye la otra. Aliada y amiga. Como Alberto y José Luis.

EULALIA.— Porque rezaban juntos. Dios los unía. Sin Dios, uno u otro, serían enemigos.

ROSAURA.— Pero no lo son. Siguen amigos y aliados. Lo sé por mi hijo. Aun bajo el fuego y la sangre, se unen para rezar.

EULALIA.— (Sarcástica.) ¡Eso! ¿Se unen para rezar! ¡Mientras tú, aquí, llenas tu alma de admiración y de envidia a la madre de los que sobre ellos lanzan la muerte!

ROSAURA.— (Protesta, altiva.) ¡Ah, no! Ese no es el sentido de mi actitud, sino éste: mientras yo, aquí, sufro también de la guerra. Y vengo a oír y a verla todos los días, como hoy sacudir mis ventanas, mancharme esa puerta. Son mis hijos que pelean, y yo no puedo evitarlo. De sus furias agonizo. Cuanto a admiración y envidia, ¡sí, sí! Porque yo sé que esa pobre no es odio lo que vocea, sino angustia. Admiro en ella el coraje; envidio su entrafía fiel. ¡Ella es lo que yo quisiera!

EULALIA.— (Contracantando.) ¡Ella es la enemiga nuestra! ¡Y de José Luis y Alberto! Es decir: debiera serlo, porque para tí no lo es.

ROSAURA.— (Desesperada.) ¡Porque es la madre! ¡La Madre!

EULALIA.— ¡La enemiga! ¡La enemiga! ¡Y quien no la vea así, no es mi amiga! ¡No es mi amiga! (Pausa. Se miran. Rosaura, ante lo fatal, abate el rostro.) El dilema será cruel, pero es de esta hora. Hora de definiciones. O con éstos o con los nuestros. O con Dios o con el Diabolo. Hay que elegir. Y tú, por más que pretendas aturdirte con palabras, ya has elegido. (Y se mueve para irse.) ¡Vamos, Francisca!

ROSAURA.— (Sabe que no; que es eso, precisamente, lo que no puede elegir. Pero no insiste. Va a dejarla que se vaya, cuando se acuerda de la otra, la de la ochava.) No. No salgas todavía. La calle es, ahora, de ella. Va a empezar a pregonar y a enardecerse. Si te viera, sería capaz de insultarte.

EULALIA.— (Intenta apartarla.) Es lo menos a que yo puedo arriesgarme. ¿O crees que atravesé la ciudad para llegar a tu casa, sin decortiar, ante todo, hasta la muerte? Venía a servir a una causa que se ha hecho espacio en el tiempo con las armas de sus

AEP - CDHS
BARCELONA

- hombres y la fe de sus mujeres. Para mí, como para ésa (la Diarera), no hay más que un solo peligro: perder la guerra.
- ROSAURA.— (Bajando, de más en más, la actitud y el tono: confidencial cast.) ¡Ah! Pero, ¿tú venías entonces?... ¡Eulalia! ¡Mí vieja Eulalia! Dí: ¿a qué venías?
- EULALIA.— (Terca.) A lo que tú ya no quieres. Ni te emociona.
- ROSAURA.— (Maravillada.) ¡Claro que sí! No venías a oír eso, ni a hacer tertulia tampoco!... ¡Venias!... ¡Señor! ¡Recién te veo el alma! Venias al oratorio en que oraban nuestros hijos, a rezar junto conmigo. ¡Dilo mujer!
- EULALIA.— (Ajusta y fanática.) ¡Sí! ¡A rezar junto contigo, por el triunfo de los nuestros!
- ROSAURA.— ¡Por la paz entre los hombres!
- EULALIA.— (Implacable.) ¡Después que los nuestros venzan!
- ROSAURA.— ¡Por la paz siempre! ¡Ven, Eulalia! Oremos juntas. Yo, más que tú, necesito arrodillarme, humillarme, unir estas manos mías que ellos mis pobres hijitos, clavan, sin quererlo, en cruz. (La conduce, la empuja, derecha.)
- EULALIA.— (Cede pero rectifica.) ¡Por la perdición de éstos! (Los de la calle.)
- ROSAURA.— ¡Por la salvación de todos!
- EULALIA.— (Testaruda.) ¡En Dios!
- ROSAURA.— (Mística.) ¡En Dios!
- EULALIA.— (Puntea. Pero antes de trasponer el umbral, se da vuelta, imperativa.) Tú, Francisca: ven también. Rezarás con nosotras.
- FRANCISCA.— (Rápida, como en un movimiento de su instinto.) ¿Yo? ¡Ah!, no, señora. ¡Yo, no!
- EULALIA.— (Como frente a un desacato, que, encima, es un sacrilegio.) ¡Cómo que no! ¡Es por tu alma, infeliz! ¡Y, sobre todo, por tu hijo! (Y avanza, quizás, para violentarla físicamente.) ¡Ven! ¡Mando!
- FRANCISCA.— (Con toda su alma en la negativa.) ¡No y no! ¡Por mi hijo menos! ¡No rezo!
- ROSAURA.— (Que imagina comprenderla, se interpone.) Déjala. No la violentes. Tú tienes razón, Francisca. Tú no debes rezar.
- DIARERA.— (Corta la situación. Aparece por la ochava, arreando a su hija. Le grita.) ¡Basta de rezos! Usted me da las noticias como un chico el catecismo. Si hasta la veo de rodillas... ¡Levántese el alma, criatura! ¡La vida es alta y rebelde! (Pequeña pau-

sa, en que cambia el tono épico y áspero por otro dulce y materno.) Mire: mientras yo voy a dar vuelta a la manzana, vocee usted aquí. Pero lo bueno, claro. De muertos, ni hable. En cambio, pélese a gritos, si quiere, anunciando esos nuevos batallones que van al frente.

LA HIJA.— Me da vergüenza, mama.

DIARERA.— (Con ira que, como siempre, acaba rompiéndose en piedad.) ¿Vergüenza? Vergüenza me dió su padre, al que yo lo quise un toro, y que tuve que aguantarlo hecho el buey, que me lo hicieron. ¡Vergüenza me daban sus tres hermanos, que heredaron igual yugo de esclavitud y miseria! ¡Vergüenza me dará usted, si perdemos, y muero viéndola esclava de algún esclavo!... ¡Pero, no! No tenga miedo. ¡Ganaremos! ¡Le he dicho que ganaremos! (Y a varios que, desde diversos puntos, la chistan o la llaman.) ¡Ya voy! ¡Ya voy! ¡Diario! Con las últimas noticias. La guerra en todos los frentes. Barcos que entraron ayer con trigo y armas para los nuestros. ¡Prisioneros y trincheras que tomamos! ¡Diario!

Se va pregonando. La hija se sienta, de flanco al público. Lee. Para Rosaaura, lo dicho por La Diarera es una justificación de la actitud de Francisca. En su caso, ella haría igual. Para Eulalia es al revés: un desafío, contra el que se pone en guardia.

ROSAURA.— (Reafirma.) ¡Tú no debes rezar!

EULALIA.— Acepto. Sé lo que vas a decirle, y estoy de acuerdo. Ni por tu clase ni por tu sangre, debes tú estar con nosotras. ¿Lo oyes, Francisca?

Francisca sigue cerrada y tensa en su negativa.

ROSAURA.— Así es.

EULALIA.— Así es en ella. Y en tí, ¿cómo es? La pasión con que a ella la justificas, me hace dudar de tu fe.

ROSAURA.— Mi fe es la paz, no la guerra.

EULALIA.— Pero la guerra está aquí. La tienes frente a tu puerta; en ésa (por la Diarera.) Y en mí, dentro de tu casa. Tus rezos, sin convicción, serán, pues, una blasfemia, un sacrilegio; pero tus simpatías por ésa son un sarcasmo, ¡una ofensa!

ROSAURA.— (Mira a la calle y a Eulalia. Ve su cruz. Se sienta.) Así es también. Vivir es un equilibrio, no sólo físico, sobre la

AEP. COHS
BARCELONA

- tierra, sino, además, moral, sobre la conciencia. Hay que tener una idea, o un ideal, o un sentimiento. Creer en El (Dios) o no creer; amar o despreciar, la justicia; sentir la vida como humildad o altivez. Y yo no puedo. No debo. Tengo hijos en los dos bandos. ¿Cuál de ellos tiene razón? Dios que me lo preguntara, oíría de mí lo que tú: ¡no sé, Señor! No sé nada. Me está prohibido saberlo, porque tendría que vivir en uno contra del otro. Desequilibrar en mí el cariño a todos. Dejar, en fin, de ser madre.
- EULALIA.— Para ser la militante que la hora exige. Dios tiene en frente al Diablo. La autoridad, al rebelde. El bueno, al malo. Por arriba de estos bandos, ¿sabes lo que hay?
- ROSAURA.— Sí. Acabas tú de decirme...
- EULALIA.— El vacío, la nada, el limbo...
- ROSAURA.— ¡No! ¡Mi cruz! (Después de una breve pausa.) Ve, Eulalia, tú. Ve a rezar. Déjame a mí. Yo no puedo.
- EULALIA.— Yo, sí. ¡Quiero! ¡Por el triunfo de los míos! (Mutis, derecha.)
- ROSAURA.— (La mira irse; luego a Francisca, animándola.) Y tú, a tu puesto, mujer. Con los tuyos. ¡Con los pobres! ¡Ve!
- FRANCISCA.— (Fluye, como una piedra, agua fría, pero dulce.) No, señora. Yo no sé cuál es mi puesto; en qué bando pelea el mío. Soy una madre que nunca supo de su hijo más que por lo que de él decían los diarios. Y ahí le he rastreado siempre. Antes en las noticias de policía. Ahora...
- ROSAURA.— ¿Ahora? ¿Dónde?
- FRANCISCA.— En las listas de los muertos.
- ROSAURA.— ¡Francisca! ¡Pobre Francisca! (Y va a intentar asistirla.)
- FRANCISCA.— (La detiene.) No, señora. Usted es más pobre que yo. ¿Qué es mi dolor ante el suyo? Yo lo puedo llorar, y usted no puede. Maldecir al matador, y usted no debe. Porque tendría que pensar si el que le mató aquel hijo no fué su otro hijo.
- ROSAURA.— (Cae en su banco.) Ni maldecir ni llorar. Clavada en cruz y en silencio. ¡Silencio frente al que mató; silencio sobre el que muere!
- FRANCISCA.— (Como antes Rosaura a ella.) ¡Señora! ¡Pobre señora!
- DIARERA.— (Se oye, y las dos quedan en vilo. Viene de izquierda, peregondando, enardecida.) ¡La guerra en todos los frentes! ¡Diario! (Se-asoma.) Con las últimas noticias, y todas buenas. Fren-

- te Norte: en un impetuoso asalto a la bayoneta, les quitamos mil kilómetros. Frente sur: contraatacan, los bandidos, con aviones y con tanques. Cierran el cielo con fuego; tapan la tierra con hierro; pero no avanzan. La libertad y la justicia ni se queman ni se aplastan. ¡No pasan! ¡No pasarán!
- LA HIJA.— (Se levanta de la ochava y corre a ella, gritando.) ¡Mama!
- DIARERA.— (En vez de volverse, entra.) Frente Este: ellos están en la cumbre de una montaña. (Sarcástica.) Siempre arriba y siempre lejos. Porque hasta cuando pelean, los señores son señores. Y es desde allá que desatan contra los nuestros peñas y balas...
- LA HIJA.— (Ahora se prende a la puerta, cada vez con más desolada urgencia.) ¡Mama! ¡Madre!
- DIARERA.— (Ya está adentro, ante las dos mujeres inmóviles.) ¡Ah, cobardes! ¡Los cobardes! Pero el pueblo es como el mar: lo que cae sobre él, lo crece. Escalonando cadáveres, llega a la más alta cumbre y los ahogamos en sangre. ¡Sí, señoras! ¡Los ahogamos! ¡Frente Oeste!
- LA HIJA.— (Retorcéndose de una insofrenable angustia.) ¡La lista, mama! ¡En la lista de los muertos!...
- DIARERA.— (Recién la oye; medio se vuelve pero no la ve.) ¿Qué? ¡Ah, sí! Tabla de gloria, señoras. ¡Lista completa de los que ayer han caído para orgullo de las madres, las esposas y las novias!
- LA HIJA.— (Avanza, ahora, llorando resueltamente.) ¡En la lista de los muertos están los nuestros! ¡Los tres, mama! (Y se refugia en su madre.)
- DIARERA.— (Se inmoviliza; larga los diarios, sobre los que se precipitan Rosaura y Francisca, para retirarse luego a buscar en él cada una el suyo.) ¡Eh! ¿Cómo? ¿Qué has dicho, tú? ¿Mis hijos?...
- LA HIJA.— ¡Los tres, mamita! ¡Los tres!
- DIARERA.— (Perdiendo fuerza y control, alza también un periódico; busca como las otras; no sabe leer; lo tira.) ¿Los tres?... ¿Los leiste tú? (La hija llora más fuerte.) Pero... No puede ser... Uno, tal vez... Dos... Pero, los tres... Los tres, ¡no! ¡Cállese, mi hija! ¡No llore! No puede ser. ¡Es mentira!
- LA HIJA.— ¡Es cierto, mama! ¡Ahí lo dice!
- DIARERA.— (Empleza a erguirse, blanca y tensa del esfuerzo que le cuesta no llorar.) ¡Es mentira! Aunque sea verdad, ¡es men-

tira! Los pobres sólo han de creer en lo que les dé coraje. Todo lo que los asuste, es falso. ¡Téngamelo por mentira! (Y recogiendo los diarios, rehecha del todo.) Y si fuera cierto, ¿qué? La muerte de sus hermanos no es la muerte del pueblo. Hay que pelear todavía. Y ahora más que antes; ¿me entiende? Ahora también usted. (Y arreándola puerta afuera.) Ahora a mi lado, conmigo. ¡Grite conmigo! (Se vuelve y grita hacia adentro.) ¡Viva la guerra! Viva la guerra, hasta tanto quede uno de ellos con vida y quede de pie uno nuestro! ¡A muerte!

EULALIA.— (De vuelta del oratorio, sobre el umbral, oye lo último. Fría, serena. Altísima.) ¡Amén!



AEP - CDHS
BARCELONA

AEP - CDHS
BARCELONA

ACTO TERCERO

Ahora es el patio, siempre de la misma casa. En el foro, la cancela ya vista desde la calle, entre medio de dos puertas: izquierda, otra, y un pasillo a último término; derecha, dos puertas más. Y galería sobre todas. Piso de baldosas rojas; techo corrido, de cristales o de lona. En el centro, el viejo aljibe, cuyo tránsito ha sido para mejor: de cisterna a matorral. Señorea de macetas. Por ahí, en tuestos más grandes, también más plantas. Luz. Primavera y vibrante; como en hierros lanceolados, en las hojas de las palmas; como en bombillas eléctricas, desde las flores. Un tornasol prisionero que agudiza la nostalgia de cielo y pájaros. Muebles. Un perchero, una mesa y varias sillas de reposo. Su disposición a cargo del director.

ROSAURA.— (Sobre la puerta entreabierta de foro, izquierda; habla hacia adentro.) ¿Por qué no sales, hijito? ¡Vieras que día de gloria! De aquellos que tú sabías decirme que parecen un obrero que trabaja cantando. (No se oye qué le contestan; pero su tono, que cae de animoso a resignado, lo evidencia.) Cierro, sí; cierro. (Y ejecuta. Permanece un instante pensativa; luego, resuelta, va a la derecha, que entreabre y dice.) ¿Hoy tampoco vas al templo? Ya han tocado la primera para la misa de diez. (Mística.) Y hay tanta luz en el cielo que es un agobio de Dios. Es un día de arrojarse... ¿No? Bueno. (Cierra también y se queda otro instante desolada.)

ALFREDO.— (Lat. der., se oye cantar.)
Mañanitas, mañanitas,
como que quieren llover;
así eran las mañanitas
cuando te empecé a querer.

Rosaura va hacia el cantor; abre, entra, y cierra tras sí. Breve pausa. Suena el timbre de la calle y por el zaguán, Felipe.

MANUEL.— (Viene del pasillo; ve a Felipe y exclama, abriéndole la cancela.) ¡Don Felipe! Ya era tiempo que viniera. ¿Qué ha pasado?

FELIPE.— (No se digna contestarle. Entra, más que en capitán, en almirante. Le da el sombrero, que el otro lleva a colgar, se sienta, cómodo, y espicha enfático.) Hijo: tú siempre estás en mi casa, y cuanto hay en ella es tuyo. Mas hoy es preciso holgarnos, porque tu hermano muerto era y ha revivido. Hablase perdido y ha sido hallado...

MANUEL.— (De vuelta.) ¿Y eso?

FELIPE.— Es de la Biblia. ¿No lo has leído?

MANUEL.— ¿Yo? (Como quien dice: que me registren.) Ni la Biblia ni la Conquista del Pan. "Arquintino", don Felipe.

FELIPE.— Peor para tí. Pues si la hubieras leído, siquiera en sus evangelios, conocerías la parábola del hijo pródigo. Sabrías del alborozo de un padre —para el caso, de un madre—, cuando retorna al hogar su criatura.

MANUEL.— (Maravillado, pero de lástima.) Y para que ella se holgara con ese hallazgo, que dice, ¿no venía usted por su casa? ¡Lindo!

FELIPE.— Sí. Para eso. Porque el dolor siempre es mucho y la alegría siempre es poca. Para sufrir necesitas de los otros, que te ayuden; para gozar necesitas estar solo, que no te estorben. ¿Te acuerdas de aquella noche que se fueron los muchachos?

MANUEL.— (En bien sinvergüenza.) Me acuerdo de lo mejor, capitán: de su discurso. Lo oí desde acá. ¡Qué exitazo!

FELIPE.— (Lo mira, sin saber si pegarle o reírse; opta por doblar la página.) Rosaura me precisaba, y aquí estuve desde entonces, día por día, durante toda la guerra. Era su angustia. Pero cuando ví de vuelta a José Luis y Miguel, apenas si me di tiempo para abrazarlos e irme. Era su dicha. Y de estar en mi poder, hasta hubieran emparedado el zaguán ese. Es mucha boca esa puerta para tan pequeño frasco de ventura.

MANUEL.— (Serio, al fin.) Pues, señor —y siento mucho decirse lo—, esta vez se le quemaron los libros. O será que más allá de la Biblia está todavía la vida. Don Felipe: aquí hay más pena con los hijos encontrados que cuando estaban perdidos. En ella y en ellos.

FELIPE.— (Incrédulo.) ¿Por qué? Porque han vuelto a sus polémicas. Eso habla que desentolarlo.

MANUEL.— ¡Claro! Porque sería lo mejor: el entusiasmo por algo. Y eso es lo que ya no tienen; ni Dios ni Diabio; ni rebelión ni fe.

FELIPE.— (Un poco serio también.) Estarán arrepentidos. Aver-

gonzados. Pero son jóvenes. Les pasará.

MANUEL.— (Sarcástico.) Esperemos a que sean viejos, entonces. Pero, mientras, con la misma fuerza que antes lo querían todo, ahora no quieren nada. Y hasta culpan a la madre de haber alentado en ellos lo imposible y lo falso.

FELIPE.— (Alarmado.) ¿Se lo han dicho?

MANUEL.— Se lo acusan con la sombría actitud que ante ella adoptan. ¿Quién lanzó a uno a la derecha y otro a la izquierda? ¿Ella! ¿Y quién es la responsable de que haya triunfado el centro?

FELIPE.— (Rápido.) ¿Ella no!

MANUEL.— Para ellos, sí, porque ella se quedó acá con el triunfador.

FELIPE.— ¿Y qué iba a hacer?

MANUEL.— ¿Qué iba a hacer?... (Ante el problema insoluble.) ¿Qué iba a hacer?... Ahí tiene usted la parábola que falta en los Evangelios: la de la madre que no sabía qué hacer. (Pausa. Se miran. Felipe se alza y pasea.) ¿Va a tomar un cafecito? (Felipe no le contesta; él insiste.) ¿Eh? ¿Sí? ¿Y lo da por aceptado.) Voy a traérselo en seguida. (Medio mutis.)

FELIPE.— (Con imprevisible violencia.) ¡No! ¡No quiero! ¡Déjame en paz! ¡Chismoso!

MANUEL.— (Se vuelve, como ante un golpe traidor. Espera a que se le enfrente, y lo mira altivo.) ¿Qué es esto, amigo?

FELIPE.— (Elude, de mala gana, el reto.) Bueno... Disculpa... si quieres. "Voilà"!

Manuel afloja sus nervios, sonríe, triste, y se vuelve. Pausa.

ALFREDO.— (De su cuarto, con Rosaura. No ha cambiado. Ríe siempre.) ¡Oh, la, la! Cayó el matrero. ¡No hay derecho, capitán!

Felipe le deja hablar, atento sólo a la madre, a la que estrecha la mano, compungido.

ROSAURA.— (Si no a tono de la alegría de su hijo, tampoco visiblemente desazonada. Sonríe al decirle.) Siéntese, Felipe. (Y se dirige a foro, izquierda. Penetra y cierra.)

ALFREDO.— Recién le decía a Rosaura si no habría vuelto a embarcarse. (Y se sienta.)

FELIPE.— (Que ha estado observándola irse, se vuelve.) Sí. Hacía la luna. O hacia Babia, si te parece más lejos. Allá estuve y de allá caigo. (Y se sienta también.)

ALFREDO.— (Ríe.) ¡Bienvenido! Y, sobre todo, oportuno. (Y come Felipe duda, se pone serio.) Sí, señor. A pesar de lo que piense Manuel —que, estoy seguro, es el que lo ha puesto así, con esa cara de pésame— aquí no se ha muerto nadie. Al revés: llega usted justo para asistir a un feliz suceso.

FELIPE.— ¿Qué? (Extrañado al principio, después se acuerda, y se interesa realmente.) ¡Ah, ya sé! Rosaura es abuela al fin. ¡Silvia le ha traído un nieto!

ALFREDO.— (Rápido.) ¡Qué Silvia! Esa sigue con su encomienda en la aduana. Hablo de mí; y de lo mío. Me han ascendido. Ahora soy del directorio.

FELIPE.— (Ya sin ningún entusiasmo, y hasta sin deseos de simularlo.) ¿Sí? Mira, qué bien. Te felicito, muchacho.

ALFREDO.— Me felicita... ¡Le importa un "corno"! (Y ríe con su mejor gana.) Pero en venganza, le doy el contramoquillo: este ascenso mío implica también la solución del problema de éstos (sus hermanos). Y, por extensión, el fin de las tribulaciones de Rosaura. ¡Pobrecita! ¿Vió el apuro con que fué a darle la nueva? No podía más con su dicha.

FELIPE.— Francamente: como ver, no he visto más que su apuro. Su dicha, vas a tener que probármela. ¿De qué se trata?

ALFREDO.— En pocas palabras, de esto: la reconstrucción del país, que la guerra hundió en la ruina —lindo tema para una letra de tango— (ríe) exige a sus fuerzas vivas emplearse a fondo para servirla. ¿Cómo? En el caso de mi banco, instalando a través del territorio cuantas sucursales creamos que son necesarias. Y a dos de éstas, voy a proponer que manden a Miguel y a José Luis.

FELIPE.— (Cree que le ha tomado el pelo.) ¿A pedir plata?

ALFREDO.— ¡A darla, amigo! ¡Como gerentes!

FELIPE.— ¡Hombre! (Gesto de que le deje en paz.)

ALFREDO.— Hombre que no conoce a los hombres, digo yo. Pues sé lo que está pensando. Que el gerente religioso o el endiablado gerente, no bien bandeden la crisis de amargura o desencanto en que ahora están, no querrán ser más gerentes...

FELIPE.— No hay que ser un águila para preverlo.

ALFREDO.— No. Hay que ser la flor misma de la inocencia. (Con lástima.) Capitán: hay un partido que une a sus partidarios con un vínculo más fuerte que el del amor y del odio, la geografía y la raza: el partido de la plata. Pobres y ricos, negros, blancos y amarillos podrán fundir sus esfuerzos para una causa común:

rugir o cantar del brazo; hasta dar su sangre juntos. La han dado ahora, para esta pasada guerra. Pero el que tenía la plata, sigue teniendo la plata. Y hasta los que la perdieron, siguen buscando la plata. Deje usted que estos dos entren, y después, vamos a ver...

FELIPE.— Quizás veamos otra cosa: que cuando tengan la plata, uno la dé para cirios, y otro para dinamita.

ALFREDO.— (Apasionado de veras.) ¡Nunca! Eso sería una herejía. Y siempre se ha visto réprobos de toda clase de creencias; de la religión del peso ninguno. ¡Nunca! La plata se da a interés; ésa es su ley o su mística. José Luis como Miguel, se la darán a cualquiera, rebelde o santo, si tienen plata o actitudes o proyectos que valgan plata. (No puede más con su seriedad y termina riendo.) Y a la prueba me remito: a que ni uno ni otro le da a usted un cobre. (Se alza para irse.)

FELIPE.— (Igual.) ¡A que sí! (Y se mueve a foro.)

ALFREDO.— ¡Epa! ¡No se abalance! ¡Todavía no son gerentes!

FELIPE.— ¿Ah, no? ¡Qué lástima! Entonces, mientras los nombran, voy a charlar con Manuel. (Medio mutis.)

ALFREDO.— ¡Viejo del mal agüero! Pégueme un tirón de orejas.

FELIPE.— El será de mal agüero, pero yo soy de mala lengua. Voy a hacer que él me lo pegue. (Y se va por el pasillo.)

ALFREDO.— (No comprende, ni le importa. Se encoge de hombros, y se va por la cancela a la calle, canturreando): Mañanitas, Mañanitas...

MIGUEL.— (Por izquierda, foro, seguido de Rosaaura. Su más ostensible cambio es su modo de agredir, que ahora es a pecho cubierto, cuidando dar y que no le den; como desde la trinchera o el parapeto. Entre pregunta y respuesta, cavila largo, como si apuntara. Cuando cree que dió en el blanco, sonríe, insidioso. Se sienta.) ¡Cosa más rara! (Mira de reojo a su madre.)

ROSAURA.— (Que se retiró sonriente, ahora da la sensación de venir de una disputa, y que está decidida a continuarla. De pie, frente a él.) ¿En tí, o en mí?

MIGUEL.— (Apunta y tira.) En tí. Los primeros días, bien. Eres de las pocas madres a quienes les han vuelto sus hijos, y comprendía tu asedio de atenciones y de mimos. Casi te lo agradecía. (Y como ella lo mira, inquisitiva y fuerte, concede.) Sí; te lo agradecía.

ROSAURA.— ¿Y ahora?

MIGUEL.— Ahora... La guerra me arrasó todo, menos la sinceridad. Ahora creo que cuanto haces no es para que me quede, sino para que me vaya. Tu asistencia es como la de las enfermeras de retaguardia: quieres que me cure pronto para que regrese al frente. (Tira a matar.) No me has dicho una palabra que me hiciera sospechar que deseabas en mí un cambio de actitudes o de ideas. ¡Ni una!

ROSAURA.— (Rotunda.) ¡Ni te la diré jamás!

MIGUEL.— (Cree que ha pegado, y sonríe.) ¿Ves? Al menos, concederás que eso es raro en una madre.

ROSAURA.— No sé qué es raro o vulgar. Sólo sé que tu destino no es cambiar, sino seguir. ¡Y con más firmeza que antes!

MIGUEL.— (Rápido y con rabia.) ¿Y si no quiero?

ROSAURA.— Eso no varía el sentido de mi deber, que es orientarte en el tuyo. (Emocionada.) Hijo: ese asedio, que tú dices, ha sido buscando en tí la causa de tu desdicha. Como en un cuerpo llagado, la llaga más grande y honda; la que produce a las otras. La he hallado, y ésa te toco; no por que te duela más, sino para que la veas y sepas de lo que sufres. (El la mira, ella le nota la incredulidad sarcástica.) ¡Sí! ¡La he hallado! Es la de siempre; es la misma que, cuando niño, te apartaba de mi lado, porque era rica, y te llevaba a otras madres, porque eran pobres; te hacía huraño y agresivo con tus hermanos, y tolerante y fraterno con los chicos de la calle. Yo la ví entonces: la llaga y la causa. Y como entonces te dije, te digo ahora: ¡a lo tuyo, hijo! ¡A lo tuyo!

MIGUEL.— (Tocado) Lo mío... Lo mío ha sido también tu cruz. ¿Quieres volver a cargarla?

ROSAURA.— (Alta y abriendo los brazos.) ¿Qué importo yo criatura? ¿Qué importo yo? Yo no veo mis sufrimientos; te veo a tí. Fuerte y desgarrada imagen del hombre justo. ¡Así te quiero! Porque tampoco podrías ser de otro modo. ¡Yo sé, yo sé! No es esta guerra perdida lo que te angustia. Es tu espíritu guerrero desorientado en la paz. ¡Tu dolor es no pelear!

MIGUEL.— (Tras una pausa, en que la mira, y después se abisma, hasta olvidar que ella está ahí.) Ayer, por complacer a Rosaaura, me eché a andar por la ciudad. De nuevo a través del pueblo, como ella quiere. Sí. La gota entra en el torrente; el hierro se funde al hierro. Algo ata al hombre a la vida... algo, pero no los hombres. ¡Nunca me ha visto tan solo! Solo, porque estar

AEP
DHS
CELONA

acompañado es tener algo en común, y ellos iban a lo suyo, y yo a ninguna parte. Soledad del que cae de otro planeta o se siente un ejemplar de otra especie. ¡Solo! ¡Único! Temí que, como a tal, me cazaran, y marché hacia los suburbios. Y allá fué igual: soledad. Sólo yo sin trabajar entre los trabajadores. Entonces me fui al taller en que yo trabajaba antes... Más obreros, muchos más que cuando partí a la guerra. ¡Al fin, señor! Me iluminó mi destino, como un relámpago, y me puse a hablar de aquella... (Mira a Rosaura.) ¿De aquello, sabes? (Sonríe amargado.) Y hablaba solo; yo solo. (Subiendo el tono, hasta acabar en un grito desesperado.) Nadie, ninguno podía o quería escucharme, porque cada cual tenía un problema más urgente que aquel en que yo seguía: el de reconstruir su vida o el de llorar a sus muertos. Solo, yo. Solo. Hasta entre ellos también solo. ¿Comprendes, madre? Un forastero en el mundo. Eso soy yo. ¡Yo, solo!

ROSAURA.— (Maravillosa de fe.) ¡Y claro que te comprendo! Como todo aquel que trae algún mensaje a los hombres. Solo, hasta que no lo anuncia. Y, todavía después, solo hasta que no lo vive, lo reproduce, lo inyecta de sangre en sangre en los otros. ¡Solo, como tú; solito! ¿Por qué no iba a ser así? Tú lo has dicho: todo está ahora como estaba. Igual trabajo, las mismas preocupaciones, idéntico desistimiento de la justicia. Y cuando nada ha cambiado, ¿cambiarás tú? ¡Hijo! (Se corta en seco; lo mira larga e intensamente; él se abate. Ella se dobla sobre él, como una rama con fruta, al peso de su ternura. Pero vuelve a levantarse, sin besarlo, porque siente que, levantándose, le levanta.) Yo también te dejo solo. (Y erguida y grave, marcha hacia foro, al cuarto de José Luis. Penetra y cierra.)

MIGUEL.— (Esperaba el beso. Desconcertado, se alza para mirarla y seguirla.) ¡Rosaura! (Pero Felipe vuelve por el pasillo, y él también vuelve a sentarse.)

FELIPE.— (Alegre, como un hombre que se ha absuelto de un pecado.) ¡Hola, muchacho! ¿Qué tal? (Lo palmea, cariñoso, y se le sienta en frente.) Me contó Alfredo el asunto. Me parece bien. ¡Muy bien!

MIGUEL.— (Al que maldita la gracia que le causa su presencia.) ¿Qué asunto?

FELIPE.— El del banco. Esa gerencia que va a proponer te den. Estoy calculando el saque que te haré cuanto te nombren.

MIGUEL.— ¿A mí? ¿Gerente del banco yo? (Ríe de rabia.) ¡Era lo que me faltaba!

FELIPE.— ¿Como? ¿No te lo ha dicho Rosaura?

MIGUEL.— ¡No! Rosaura nunca me dice nada que pueda humillarme. ¡Y eso es una humillación!

FELIPE.— (Desolado, hasta dar risa.) ¡Bueno! Hay que creer o reventar. Hoy es mi día. En apenas diez minutos van dos metidas de pata. La primera con Manuel...

MIGUEL.— (Empieza a subir en ira.) ¿Así que ese botarate pretende que sea como él?

FELIPE.— (Por absolverse a sí mismo.) Tampoco es para indignarse. No deberas ver en ello más que un fiasco de su buena voluntad.

MIGUEL.— Aquí lo que menos cuenta es su voluntad buena o mala. Tal vez yo, con mi actitud, se la habré justificado. Me ha creído un vencido, y le ha dado lástima.

FELIPE.— O le habrás interesado; nada más.

MIGUEL.— Es lo mismo. Le interesaba ayudarme. Pero no en lo mío; en lo suyo. Sumarme a los ganadores de la derrota. ¡De mi derrota! Pero, esto, con ser sangrientamente sarcástico, es como todo lo de él, una botaratada. (Se alza y pasea.)

FELIPE.— Y entonces, ¿por qué te exaltas?

MIGUEL.— ¡Por Rosaura! ¡Por todo lo que ella habrá sufrido y callado! ¿Cuándo le dió esa noticia?

FELIPE.— ¿Alfredo? Hace un momento.

MIGUEL.— ¿No ve? Y a ella también. ¡Seguro! Ahora me explico su cambio de lo tierno a lo imperioso. Fué un salto. (Se detiene frente a él, para explicarle.) Hasta hoy toda ella era para mí caricia y solicitud. La humildad de quien recoge del suelo los despojos de un muñeco y los va articulando entre vacilaciones y angustias. La curación de un enfermo que no quiere que le curen. En esta agonía estaba, cuando ése, con su propuesta, le ha hecho ver que había un peligro más grave que el de mi muerte: ¡el de que fuera como él!

FELIPE.— (Con gesto de que no le meta en nos.) Hombre... En fin... Me permitirás que yo...

MIGUEL.— (No lo oye o no le hace caso. Pasea otra vez.) ¡Pobre Rosaura! ¿Cómo saltó para salvarme! ¿Con qué dolorosa furia puso su boca en mi barro; en mi vida desabrada! ¡A lo tuyo, hijo! ¡A lo tuyo! Tembí de verla tan alto, como ahora tiemblo de

sentirla tan adentro; tan en mi sangre, que no podría decir si es mi madre o mi hija. (Se arroba ante la visión sagrada.)

FELIPE.— (Tras una pausa, en que se da por absuelto.) De todo lo cual resulta...

MIGUEL.— (Cordial.) Que le agradezco el informe. Fué el pedrazo que estaba necesitando para tocar fondo y rebotar hacia arriba. ¡Ahora, sí! (Destiende el alma y se afirma, victorioso.) ¿No se anima a que tranqueemos? Está linda la ciudad; ¿se ha dado cuenta? Febril y densa de ambiciones y renunciadas, pequeñeces y grandezas. El caos, de que hay que sacar la luz. ¿Vamos?

FELIPE.— (Terminante.) ¡Ah, no, muchachito, no! Me quedo aquí, y más mudo que un pescado. Hay días en que no deberas ni levantarte: cuanto sacas los pies de la cama, metes la pata. Y ya van dos. ¡Basta!

MIGUEL.— (Rie.) ¡No hay dos sin tres, capitán! (Y se va por la cancela.)

FELIPE.— De eso me cuido yo. (Y se apoltrona.)

MANUEL.— (Del pasillo, con el café. Espera que le diga algo y como no acontece, le interroga.) ¿Qué? ¿Hay alguna novedad?

FELIPE.— (Lo mira, lo mide, y después, rotundo.) ¡No sé, amigo! ¡Hoy yo no veo, ni oigo, ni digo nada! ¡"Voilà"!

MANUEL.— (A su vez, lo mira y lo mide, superior.) ¡Claro! Como que tampoco sabe lo que se pesca. "Voilà". (Y se va.)

FELIPE.— (Salta, y va a seguirle.) ¡Che! ¡Viejo atrevido! (Pero, por foro, der., aparece)

JOSE LUIS.— (Ya no es el que conocimos, grave y seguro de sí, sino uno sombrío y vacilante. Un hombre al que viene persiguiendo algo que no se atreve a mirar, pero que, hasta cerrando los ojos, ve que le mira: la mirada de Dios. La línea de su indumento corresponde también a su estado de ánimo; como su cabellera vuelta y sus gesticulaciones desesperadas. Ve a Felipe, y más que a saludarle, parecería que a él se acoge.) ¡Oh, Felipe! (Y le tona una mano en las dos suyas, con una efusividad que a éste le asombra.) ¡Qué bien, señor! (Y a Rosaura.) ¿Por qué no me dijiste que estaba aquí?

FELIPE.— Tanto gusto, muchacho. ¿Cómo te va?

ROSAURA.— (Su postura polemista de hace un rato ha cambiado totalmente. Ahora es mística y unciosa, aunque tenaz y resuelta desde el principio hasta el fin; como la luz de un cirio. Venía siguiendo a su hijo, e interviene para urgirle.) Después conver-

sarás, José Luis. Ahora tienes que rezar.

JOSE LUIS.— Es tarde ya. Mañana. (Y a Felipe.) Venga usted aquí, amigo mío. (Y sin esperar a éste, va a sentarse él.)

ROSAURA.— (Le sigue.) Para ir a misa, sí. Pero, yo no digo oírlo; digo: rezar. Comunicarte con él. Tú; solito. (Se sitúa tras de su silla y le poma, con los dedos, los cabellos.)

JOSE LUIS.— (Se hurta con un poco de impaciencia.) También mañana, Rosaura. Déjame ahora conversar con Felipe. (Y a éste.) ¿Qué le ha ocurrido estos días?

FELIPE.— (Ambiguo, yendo también a sentarse.) Y...

ROSAURA.— (Tierna, pero firme.) Mañana, no; mañana, no. Tiene que ser hoy; ahora. Y en tu oratorio, que está como lo dejaste. Ven. (Y se mueve ella, lat. der., primer término.)

JOSE LUIS.— (Mira a Felipe, que no le mira, preocupadísimo con su café, que ha azucarado y no acaba de revolver; constata que ahí no hay acogida, pero todavía se defiende.) Tú sabes que desde cualquier parte o cualquier acto bueno o bello puede uno comunicarse con él y ahora estoy en la amistad. ¡Déjame, pues!

ROSAURA.— (Severa.) José Luis: estás como un pecador que no quiere arrepentirse. Estás como un rebelde. Y esto, que es malo para tí, para él es triste, porque prueba que no crees en su clemencia.

JOSE LUIS.— (Se alza ahora, y casi grita.) Y tú, ¿sabes cómo estás? ¡Como el amo que carga sobre el esclavo doble peso del que puede transportar! Sufro y no puedo y ni me descargas ni me ayudas. ¡Me mandas y me empujas!

ROSAURA.— (No lo sigue en la polémica, que para él es la tangente; se recobra en su dulzura.) La salvación no consiste en no sufrir, sino al revés: en sufrir cada vez más. Sufrir por él, que ha de sufrir tanto viéndonos. ¿Quién decía esto?

JOSE LUIS.— ¡Yo! Pero antes de ir a la guerra. ¡Yo! Pero antes de hacer sufrir a los otros. ¡Yo! ¡Cuando aún no había matado!

ROSAURA.— Es decir: tú, cuando aún no lo habías hecho sufrir a él tanto. Por eso mismo: humíllate ahora. Hasta que te absuelva. ¡Reza!

JOSE LUIS.— ¡No puedo! No puedo juntar las manos; toco la sangre vertida. Ni hundir el rostro en el polvo; veo a mis víctimas. Ni orar en secreto puedo, porque ya no tengo nada inefable que decirle. Hasta el silencio me grita: ¡Caín! ¡Caín!

ROSAURA.— ¡Hijo, no! ¡Caín no! (Lo abraza, como para proteger-

lo. Breve pausa, tras la que vuelve a sobreponerse.) Y aunque así fuera: llámale desde ese nombre. Búscale con ese grito. ¡Ruégale que te lo borre!

JOSE LUIS.— ¡Ah, no! (Se desprende de sus brazos.) ¡Me quemaría los labios! Es mi vergüenza. ¡No quiero!

ROSAURA.— (Otra vez severa.) José Luis: eres peor que tus pecados. Mucho peor que lo que tú te imaginas. El barro, aunque en él se modele un santo, algún día cae al barro. Y barro somos. Él lo sabe y lo perdona. Pero tú te creíste superior; por arriba de la ley que rige nuestras miserias. No sufres del dolor Suyo. Sufres porque tú has caído. ¡Eres soberbio!

JOSE LUIS.— ¡Eso no es cierto! ¡Tampoco es eso! No es humillarme que temo, sino hacerle sufrir a Él con mi presencia. (Y echa el rostro entre las manos, horrorizado.)

ROSAURA.— (Se le aproxima; le descubre la cara; lo acaricia coméd a un chico.) Ven, hijito. Como cuando eras pequeño, y hacías un daño, y no te atrevas a presentarte a tu padre. Te acompañaré hasta Dios. (Tomándole de una mano.) Ven, criatura.

JOSE LUIS.— (Dejándose conducir.) ¡Rosaura! ¡Madre!

ROSAURA.— Así. Horrorizado y temblando. Vamos los dos. (Abre la puerta del oratorio, y lo empuja, suave.)

JOSE LUIS.— (Se echa hacia atrás.) ¡Cuánta luz en el altar!

ROSAURA.— Su luz. La que ilumina y no quema. La del perdón. (Y va a pasar antes que él.)

JOSE LUIS.— (Se le interpone y la aparta.) ¡No! Tú, no. Yo. Solo con Él... Mis pecados son tan grandes y son tantos, que a ti te tonanarían. (Y se precipita adentro.) ¡Señor! ¡Señor!

ROSAURA.— (Mientras le cierra.) Yo quedo aquí. Y también rezó, hijo mío.

Y se persigna, puesta la vista en la altura, cuando por el zaguán oye venir al otro, Miguel. En lo que tarda en trasponer la cancela, salta de extremo a extremo. Lo recibe inquisitiva y fuerte; resuelta a seguir luchando también con ésta. Felipe, en tanto, ha estado como sobre ascuas; como un hombre que se quema sin poder gritar ni huir. Cuando Rosaura intentó dar comienzo a su oración, él ha cedido al impulso de ponerse de pie, como en un templo. Y es por salir de este círculo, no por sagrado menos violento, que rompe a hablar jubilo.

FELIPE.— ¡Hombre! A ese "footing" también yo me le animaba. No te habrás cansado mucho.

MIGUEL.— (Se dirige hacia Rosaura, que continúa en su actitud de alerta. Es el de antes. Ha vuelto a tomar su vida como un martillo. Toma el rostro de Rosaura, la besa y dice): Me había olvidado la llave.

FELIPE.— ¡Ah!...

ROSAURA.— (Siente desfallecer su firmeza, pero todavía resiste.) ¿Piensas regresar muy tarde?

MIGUEL.— (Gozando con el equivoco.) No, vieja, no. Me había olvidado besarte. (Conduciéndola a sentarse.) Necesitaba este beso para, adonde quiera que vaya, tener la llave de tu corazón conmigo.

Rosaura no puede hablar; se desharia en llanto feliz.

FELIPE.— (Disponiéndose, por fin, a tomar su café.) ¡Bravo, muchacho! ¡Bravo! Eso prueba que la guerra... (Pero se acuerda y se corta.)

MIGUEL.— Que la guerra, ¿qué? Termine.

FELIPE.— (Pausa, en que apura el café.) ¿Y si la meto?

MIGUEL.— (Jovial.) ¿Quién dijo miedo, Felipe? ¡Métala hasta el cuadril!

FELIPE.— ... Que la guerra no te ha endurecido el alma. Que eres un buen chico siempre.

MIGUEL.— (Sobre una brusca transición a lo solemne.) Todos somos chicos siempre. Porque no hay quien no precise algo más grande que él en tolerancia o cariño. Y eso sólo se encuentra en la madre.

FELIPE.— Cuando se tiene.

MIGUEL.— Siempre se tiene.

FELIPE.— Hombre, sí. Hasta que se muere.

MIGUEL.— Siempre se tiene. Una vez que se nace, aunque se muera la madre, la orfandad es temporal. Lo he visto allá (por la guerra.) Había padres y había abuelos. Pero les tocaba caer, y ya no eran más que hijos. Moribundos, se arrastraban, arañando el suelo, como perros una puerta. Querían entrar donde sabían que ella estaba; que les esperaba siempre: bajo la tierra. (Corta pausa. Luego, viendo a José Luis, que viene del oratorio.) Lo que nunca vi es a nadie que la buscara arriba. (Polémico, hasta la agresividad.) Y si en el cielo no hay madres, ¿qué hay?

Rosaura, que había abatido el rostro, lo alza, alarmada. Felipe ve la tormenta y, en cambio, lo abate.

JOSE LUIS.— (Lo oye sin impresionarse. Ahora es el de antes. Avanza, mientras le dice): La gracia, hermano. Su divina gracia. Eso hay allá. (Señala.) Y eso El sobre ellas envía. Como quien, en una balanza que pesa barro, pone, para equilibrarla, oro en el otro platillo, así pone Dios en ellas amor al hijo. Así equilibra sus vidas. Sin ese don que El les hace, no serían madres tampoco, sino simples pecadoras.

ALFREDO.— (De vuelta por la cancela, hecho unas Pascuas.) ¡Viejitos! Es la hora del copetín. Que me van a pagar, claro. La coima, chiquitos míos. ¡La coima por sus presuntas gerencias! (Todos lo miran.)

MIGUEL.— (Desde un profundo desprecio, y a media voz.) ¡Botarate! (Y le da la espalda.) José Luis; cuando se ha vivido, como tú y yo, sobre la sangre y desde la sangre, no hay más derecho a escamotear los concretos poniendo en su lugar fantasías. El equilibrio en la tierra, lo mismo el de ellas que el nuestro, depende de que nosotros equilibremos el social desequilibrio. Para eso ha sido la guerra. ¡Por eso tendrá que volver a ser!

ALFREDO.— (En vilo, pero todavía sonriente, mira a Rosaura y a Felipe, que no le miran.) ¿Qué? ¿Ricominciamo da capo? ¡Adios mi plata! (Y más que sentarse, se tira a una silla, riendo.) ¡Mjs gerentes! ¡Qué fracaso!

JOSE LUIS.— (Se duele y ruega.) ¡Hermano! Si el tema, por grave o triste, no te interesa, vete o calla. No te rías. (Y también le da la espalda para dirigirse al otro.) No, Miguel; no. La guerra no fué para eso. Fué para que todos viéramos que con ella acumulábamos más dolor sobre el dolor. No verlo así ahora es horrendo. Es acumular pecado sobre el pecado.

ALFREDO.— (Entre broma y vera, pero, en el fondo, amoscado por la exclusión.) La guerra, aunque ustedes no lo crean, yo sé por qué fué. Sobre todo, contra quién. Contra mí. (Y como los dos le miran, se pone del todo serio.) Sí. Contra mí, como clase y como hombre que ha aparecido en la historia, como en la naturaleza lo joven sobre lo viejo. Así estoy yo sobre los dos fanatismos, el divino y el humano, que representan ustedes. Y así triunfo, sin pelear.

MIGUEL.— ¡Lindo triunfo! El de los buitres sobre las carnicerías. Eso representas tú. ¡Eso grazna tu cinismo!

ALFREDO.— (Grita.) ¡No! El rebrotar de la vida entre tu barricada y la de éste. El trabajo, mientras ustedes destruyen. Eso canta

mi alegría. ¡Eso soy yo!

MIGUEL.— Tu trabajo.... Hacer esclavos... ¿Eso es lo joven que traes? Para eso ya estaban éstos. (Por José Luis.)

JOSE LUIS.— (Rechaza la acusación con horror.) No. ¡No! Dios, que no quiere al rebelde, tampoco ama al que esclaviza. Todo es un solo pecado.

MIGUEL.— Pecado es no atreverse a pecar. Pecado es acobardarse, si nos derrotan, y no rehacerse y volver. ¿Verdad, Rosaura?

ROSAURA.— (Que los oía sin mirarlos, mira a Miguel, firmemente.) ¡Verdad!

JOSE LUIS.— Volver con el horror de la culpa. Confesarla, y proponerse no pecar más. (A ella también.) ¿No es eso lo que tú quieres?

ROSAURA.— (Igual que al otro.) ¡Eso es!

MIGUEL.— (Aldado.) ¿Cómo que eso es? ¡Eso no es! ¿O tú no sabes qué quieres?

ROSAURA.— (Siempre más firme.) ¡Sé, hijo! ¡Sé!

ALFREDO.— (Necio.) Pecado es tratarlo a uno como sapo de otro charco. (También a ella.) ¿No te parece a ti?

ROSAURA.— (Se alza y va a él.) ¡Alfredo! ¡Hijito!

JOSE LUIS.— (Para Miguel, dulcemente victorioso.) Sabe, hermanito, Ella sabe. Cuanto yo te estoy diciendo, por ella volví a saberlo.

MIGUEL.— (Subiendo el tono hasta el grito.) Y yo también sé por ella que la justicia se gana luchando. No desistiendo. Queriendo siempre. Cada vez más. ¡Hasta con los gusanos de nuestros huesos!

JOSE LUIS.— (Beatífico.) ¡Así se gana el cielo!

MIGUEL.— (Rotundo.) ¡La libertad en la tierra se gana así!

ALFREDO.— (Haciendo a un lado a Rosaura.) ¡El infierno! Y no para tí ni éste. Para ella. Para Rosaura. ¡Eso es lo que así han ganado!

MIGUEL.— (Desdefiándole.) ¿Qué sabes tú!

JOSE LUIS.— (Sonriéndole.) ¡No, no!

ALFREDO.— (Definitivo.) ¡Sí! ¡Sí!

ROSAURA.— (Ahora entre los tres. Alta y más alto que todos. Desde su cruz.) ¡Hijos! ¡Mis hijos! (Los tres la miran, y también Felipe.) ¡Ni si, ni no todavía, hasta que no reconozcan que así se ganan ustedes! ¡Y gano yo!

Desde distintos asombros, los tres:

JOSE LUIS.— ¿Ganas tú?

MIGUEL.— Ganamos, ¿qué?

ALFREDO.— Yo, ¿qué gano?

ROSAURA.— ¡Ganamos todos! (A José Luis.) El perdón del que ofendiste, ¿no lo has ganado?

JOSE LUIS.— ¡Ah, sí!

ROSAURA.— Y tú (a Miguel): la angustia de creerte solo, un forastero en el mundo, ¿no la has perdido?

MIGUEL.— ¡Claro que sí!

ROSAURA.— (A Alfredo.) Y en cuanto a ti, ¿no ascendiste? ¿No has ganado también tú lo que querías?

ALFREDO.— Sí. Lo mío, sí. Lo ganó.

ROSAURA.— Entonces, yo soy feliz. ¡Feliz en ustedes, hijos! ¡He ganado también yo mi felicidad!

FELIPE.— (Maravillado, se para.) ¡Hombre! ¡Muy bien! Cada uno ganó lo suyo. A vivir ahora. ¡Como antes!

JOSE LUIS.— No, no. Como antes, no. Yo con más fe, puesto que hay más herejía.

MIGUEL.— Yo con más fuerza, puesto que hay más injusticia.

ALFREDO.— Y bueno... (Alza los hombros, sonríe.) Y yo con más alegría. Porque, como dijo el otro: si hay remedio, ¿a qué afiligrarse? Y si no hay, ¿a qué afiligrarse?... Vieja Rosaura: el tipo vuelve a marcharse: sin gloria, pero sin pena. Va a pillar su copetín. (Le acaricia el rostro.) Hasta huequito. (Y foseando ante los otros.) ¡Compañero! (Alza el puño ante Miguel.) Hermano... (Se humilla ante José Luis.) ¡Capitán! (Se cuadra y le hace la venia. Y riendo su propia farsa, que ninguno le festeja ni protesta, se arranca por la cancela.)

Pausa. Los dos hermanos pasean. Rosaura no puede más, y se sienta. Felipe olvida a los otros, y la mira a ella. De pronto, y al mismo tiempo, José Luis se dirige al oratorio, a paso suave, penetra y cierra; y Miguel hacia la calle, a paso firme, y desaparece. Y otra pausa, aunque más breve, durante la cual Rosaura, que los mira irse, se desmorona. Echa la cara en los brazos, sobre la mesa, y empieza a llorar sin llanto, en un estremecimiento de todo el cuerpo; como si los sollozos que ahoga le recorrieran la sangre.

FELIPE.— (Va a ella.) ¡Rosaura! ¡Amiga mía! (Pero hesita. No se anima ni a asistirle ni a dejarla, pues, en realidad, no sabe si llora dicha o dolor.) ¿Qué tienes, ahora?

ROSAURA.— (Se recobra poco a poco.) Cansancio, no más, Felipe. Pero ya pasó también.

FELIPE.— (La crea.) El mareo de la altura. Es que es muy alta la cumbre que ha coronado. ¡Qué triunfo el suyo!

ROSAURA.— (Como si dijera no.) Sí.

FELIPE.— Yo había visto curar cuerpos, y habilitar con toda suerte de miembros a los lisiados. Pero reconstruir las almas; restablecer en las vidas el rumbo y la voluntad, no lo había visto nunca. ¡Qué grande y fuerte es usted!

ROSAURA.— (Protesta, aunque dolorosamente.) No, Felipe; no.

FELIPE.— Sí, Rosaura. Y ahora puedo decirse, porque también yo me siento por sobre mi propio lodo. La miro sin intenciones; desde un sagrado respeto.

ROSAURA.— (Le sonríe, triste.) ¿Y me ve triunfadora? ¡Felipe!

FELIPE.— Veo lo que antes no veía. O veía sólo en parte. Antes veía la mujer; la bella mujer que usted es. ¡La deseé tanto! Después, empecé a tomar distancia, pero sin dejar de amarla. Como quien aleja un cuadro para ver mejor sus luces. Y entonces, igual que en las creaciones de arte, por bajo de la belleza se ve la angustia del creador, yo vi su angustia de madre. ¡La admiré tanto! Pero aún había en usted más; más que lo bello y lo triste; más para dar y quedarle: la claridad de una llama que brilla más y más alto cuanto más densa y más honda es la oscuridad en que los otros caen o se pierden. ¿Se acuerda? Manos de luz le veía. ¿Cómo voy a verla ahora que la he visto coronar su obra de luz?

ROSAURA.— (Se yergue desesperada.) ¡Vencida! Así es como debe verme, porque es como estoy; ¡vencida! Triunfo sería si los hubiera ganado para la paz. Pero esa victoria mía, sería la derrota de ellos: la oscuridad, que usted dice. ¡No! había que alumbrarlos a ellos, aunque esa luz en sus frentes fuera la sombra en la mía: la guerra. La guerra, que han ido a poner en marcha, uno con sus oraciones y otro con su propaganda.

FELIPE.— (Casi ríe.) Guerra verbal, por ahora. Qué han de pasar muchos años antes que se concrete en acciones.

ROSAURA.— Guerra que los aleja de mí. Que han de pasar muchos años antes que me los devuelvan. ¿Cómo no ve mi derrota? Sola de nuevo, Felipe. ¡Más sola que nunca y nadie!

FELIPE.— (Que entrevé el cielo, se insinúa, cauto.) No puedo ver lo que no hay. Y en la vida no hay derrotas. Hay etapas, que se cubren o se cierran. (Se sieña ante ella.)

ROSAURA.— (Presente al hombre; se echa hacia atrás.) Sí. Cumbrés que sólo se alcanzan, muertos. Eso hay. Y algo peor todavía; etapas que cierran al que la cierra. La encierran viva.

FELIPE.— (Cada vez más insinuante.) Tampoco es ése su caso. A poco que usted medite, y no con el pensamiento, sino con el corazón, verá que nada termina. Que siempre hay algo que hacer o de quien acompañarse...

ROSAURA.— (Le mira, también cada vez más firme y dura.) Sí. Su gracia. Aquella divina gracia de que hablaba José Luis. Eso hay ahora para mí. Sin ella, no sería madre tampoco, sino simple pecadora. Y otra cosa también hay: lo que decía Miguel: la esperanza de que algún día me busque él, aunque sea bajo la tierra.

FELIPE.— (Desolado de veras.) ¿Y nada más? ¿No hay nada más?

ROSAURA.— (Firme al principio, para terminar también vencida.) Nada más. No hay nada más. (Pausa. Ni una ni otro tienen ya más que decirse. Nada más. Hasta que, en el pasillo, suena el teléfono. Felipe se alza, sin prisa, y se encamina a atenderlo.)

FELIPE.— Sí. Lo de Unzueta, sí. ¿Con quién? ¿De parte de quién? ¡Ah, es usted, Ricardo! Sí, está; sí. Voy a llamarla. (Pero antes de que lo haga ya)

ROSAURA.— (ha corrido al aparato.) ¡Mi hija! ¡Seguramente que es mi hija! (Se la oye.) ¿Qué hay, Ricardo? ¿Cómo? ¡Yo, sí; yo! ¿Eh? ¿Cuándo? ¿Ahora? ¡Oh, Señor! ¡Señor! ¡Qué dicha! ¡Voy en seguida! ¡Voy! (Vuelve radiante.) ¡Felipe! ¡Felipe! ¡Un nieto! ¡Silvia me ha traído un nieto! (Se precipita a su cuarto, lat. izq. pero, del vano, se torna, grave y erguida.) Usted tenía razón: nada termina; todo comienza. Abuela ahora. ¡Abuelita! Es decir: dos veces madre. (Se humilla un poco.) Felipe: ¿qué le parece? ¿Podré con tan noble cruz?

FELIPE.— ¿Qué cruz?

ROSAURA.— ¿Lograr en esta criatura el equilibrio del hombre en el amor y el trabajo, en la justicia y en Dios?

FELIPE.— (Después de una breve pausa, solemne.) ¡Claro que sí! Lo logrará usted, Rosaura. Yo lo creo. ¡Se lo juro!

ROSAURA.— Gracias, Felipe. (Y ahora, beatífica, mientras penetra a su alcoba.) ¡Señor! ¡Qué buena es la vida!

CUADERNILLOS «INQUETUD»

de Difusión Cultural



NUMEROS PUBLICADOS:

COLECCION LITERARIA

- Nº 1 - Páginas Escogidas - Rafael Barret
Primera Edición - (agotada)
Segunda "

- Nº 4 - Fuego Poético - León Felipe (Selección)
Primera Edición

- Nº 7 - Manos de Luz - Rodolfo González Pacheco
Primera Edición

COLECCION CIENTIFICA

- Nº 2 - Lo que debe saber toda joven - Dra. Mary Wood
Primera Edición
Nº 5 - El Problema Sexual Dr. G. Hardy
Primera Edición

COLECCION SOCIOLOGICA

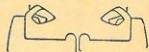
- Nº 3 - El Apoyo Mutuo - Pedro Kropotkine (Primer Capítulo)
Primera Edición
Nº 6 - El Apoyo Mutuo - Pedro Kropotkine (Segundo Capítulo)
Primera Edición

G.D.H.S. - A.E.P.
Barcelona

PROXIMO NUMERO:

COLECCION CIENTIFICA:

Nº 8 - Medicina Sexual - Dr. W. Herlich



C.D.H.S. - A.E.P.
Barcelona